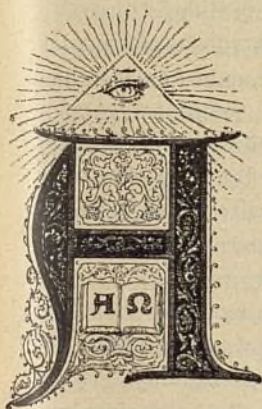


## Á NUESTROS LECTORES



CABAMOS de entrar en el año de gracia de 1897, que deseamos lo sea para todos ellos en la de Nuestro Señor.

Nuestros propósitos, claramente manifestados en el artículo con que por vez primera anunciamos en Enero de 1893 la reaparición de *Las Misiones Católicas*, se han cumplido, gracias al cielo, y esto nos dispensa de nuevos proyectos y programas.

Los números hasta la fecha publicados son nuestra mayor recomendación, y bastan y sobran para dejar perfectamente acreditada la presente Revista, única en España y al nivel de las mejores que en su género editan las naciones más adelantadas.

Texto abundante y variado, noticias de interés general para conocer el movimiento de la fe en todo el mundo conocido, datos geográficos y biográficos de primera mano, que en vano se buscarán más auténticos y fidedignos en ningún otro libro ó publicación periódica; y en el ramo de ilustración vistas, edificios, armas, trajes, retratos, etc., convierten los cuadernos de *Las Misiones Católicas* en verdaderos álbums ó museos en que si lo principal es la Religión, tienen en ellos parte muy importante la ciencia, las costumbres, la estadística, los viajes.

Desde su gabinete ó velador puede el cristiano seguir sin fatiga las huellas del predicador de la fe en lo más arduo de sus apostólicas correrías, y participar de las santas emociones del misionero en todos los puntos del globo, que inunda con sus rayos el sol de la verdad católica á medida que va desterrando de ellos las sombras de la idolatría, del cisma ó del error mahometano ó protestante. La *Obra de la Propagación de la Fe*, de la que es órgano autorizado esta Revista, es lo que proporciona los más hermosos relatos de este género, y lleva como por la mano al lector por todos los caminos que recorre el Catolicismo en sus conquistas de evangelización, al paso que tiende á todas las almas generosas su mano para recoger de ellas la limosna material para auxiliar eficazmente esta tarea salvadora de almas y civilizadora de pueblos.

Compréndalo así el piadoso pueblo español, y procure con su actividad y celo dar á conocer cada día más *Las Misiones Católicas*, seguro de prestar con ello el servicio más grato á Dios y la obra de caridad más meritoria á las almas.

LA REDACCIÓN.



## LA PROPAGACIÓN DE LA FE



s menester que la fe se propague.

Urge que el Evangelio derrame su luz por donde quiera. Aun no están redimidas de la esclavitud todas las naciones, y la cruz debe proyectar su claridad dulcísima por todos los ámbitos de la tierra.

Cuando se abre la historia y se registran los anales de lujuria, crueldad y rapiña de épocas remotas, puede apenas concebirse que el mundo haya vivido en atmósfera tan deletérea. La ira incesante que armaba nación contra nación, tribu contra tribu, hombre contra hombre; aquella ferocidad inaudita, que hacía pasar al filo de la espada á todos los vencidos, hombres y mujeres, ancianos y niños, y arrasarlo todo con el hierro y con el fuego, cual tromba devastadora, semejan á través de la distancia visiones infernales, dibujadas en nuestros horizontes lejanos por mano sacrílega y delirante.

¿Qué fué la antigüedad sino un caos espantoso de maldad, injusticia, ira y concupiscencia? Amos y siervos congregados en inícuo consorcio: castas de esclavos y castas de señores; pueblos enteros de señores y pueblos enteros de esclavos. Los amos, aun en las repúblicas de más prestigio, como la ateniense, viviendo del manejo de las armas, de las intrigas de la Agora, de las disputas del Pórtico; los esclavos, inclinada la frente, arando la tierra y haciendo girar la rueda de los molinos.

La flor embalsamada de la belleza abriéndose sólo para ser profanada. Nada de castidad ni de armonía en los hogares, sino choque de pasiones, desenfreno de sentidos, despotismo de fuerza. La mujer esclava, instrumento de goce, botín de guerra ganado en los combates con la punta de la espada, ó comprada en la plaza á vil precio como simple mercancía.

La ancianidad, carga onerosa, eliminada de la máquina social como rueda inútil; y la infancia dulcísima de rubios cabellos y mirada celestial, víctima perpetua del abandono, del tráfico sacrílego, ó de bárbaras sentencias de esclavitud y de muerte.

El guerrero más fuerte y despiadado, el que manejaba mejor el hacha poderosa ó esgrimía la espada con mayor destreza, reconocido por señor, por jefe, por rey; aclamado por mil voces y levantado sobre los toscos escudos como en trono encumbradísimo, dueño de todas las cosas, campos y ciudades, telas y joyas, carros y cautivos, pasaba cual torrente iracundo por las risueñas comarcas, devastando sementeras y amontonando escombros, sin más lema inscrito en su bandera que sangre y pillaje, guerra y desolación.

Cuando se miran desfilan entre los ojos esos cuadros horribles, mídese la inmensidad del abismo que nos separa de esas edades, en que el hombre no fué más que un átomo doloroso que pasó gimiendo por la vida, en alas de huracán desencadenado. Y tan monstruosos parecen esos hechos, que se duda hayan acaecido en sociedades humanas y en el mismo suelo donde ahora se

ostentan campos cubiertos de espigas y se levantan capitales opulentas, y se realizan las maravillas del adelanto moderno, no tan asombrosas por la dominación de la naturaleza, cuanto por el triunfo del bien sobre el mal, del derecho sobre la fuerza, del espíritu sobre la materia.

Mas ¡qué ilusión pensar que esos horrores son patrimonio exclusivo del pasado, y que está limpio de ellos el presente! Vivimos encerrados en círculo estrecho, y nuestra vista no se extiende más allá de nuestros reducidos horizontes. Creemos que esos dramas han concluído, porque ya no tienen por teatro nuestro terruño, y cerramos los oídos al coro de voces doloridas que viene de lejos. Pero la barbarie es nuestra contemporánea. Tan grande, tan feroz, tan espantosa como la del pasado, así es la que tiene aún sojuzgada á una gran parte de la humanidad. Hase perpetuado en vastas regiones del globo; allí vive confiada, burlándose de nuestros tiempos y desafiando á nuestra civilización. Existen continentes enteros donde no hay amor, ni familia, ni derechos, sino lujuria, poligamia, esclavitud, robo y matanza. En esos pueblos infelices, la vida no es más que una lucha de fieras sin moralidad, ni grandeza, ni hermosura. Hecatombes monstruosas alternadas con la voz del amor, rugido más que canto en las cuevas y aduares donde resuena, forman el único argumento de sus ignoradas historias. Para ellos no hay trabajo fecundo, ni industria redentora ni orden armonioso, ni ciencia, ni arte, ni ensueños de la mente, ni esperanzas del corazón; sino instintos feroces, destrucción insensata, desnudez, privaciones y constante batalla.

Pero no todos los individuos pertenecientes á la humanidad dichosa, huelgan, por fortuna, en la placentera situación que el progreso les depara; hay grupos beneméritos de hombres civilizados, que, abandonando las comodidades de la vida culta, tienden el paso á las regiones inclementes, donde se alberga la antigua barbarie, y luchan denodados por raerla del haz de la tierra. No se internan en esas comarcas formando ejércitos, ni llegan en son de conquista para echar el yugo de la servidumbre sobre esos pueblos ignorantes, sino que dispersos, inermes, abandonados, se mezclan con las hordas sanguinarias, teniendo por único escudo la pureza de sus intenciones, y la persuasión por única arma de combate. Esos paladines invictos son los misioneros católicos. Con la cruz en la mano dispérsanse por los países idólatras, y predicán el Evangelio á salvajes desnudos, que interrumpen, para oírlos, los cantos de guerra entonados en el horrible festín canibalesco.

¡Ah! nosotros los que gozamos dulce vida en medio de las satisfacciones que nos depara un orden social establecido y una industria floreciente, ¿cómo podemos olvidar á nuestros semejantes que se hallan sentados en la noche de la barbarie? ¿qué hacemos para salvarlos? ¿Qué esfuerzo ponemos por obra para redimirlos del yugo de la ignorancia? ¿Cómo cumplimos los deberes de humanidad y de civilización que nos ligan á ellos? De ningún modo; es forzoso confesarlo. Sumidos en nuestro egoísmo, no vemos como humanidad sino la que nos cerca, y no nos preocupamos siquiera por la lejana, la desnuda, la aulladora; la que se postra ante los fetiches y se alimenta con carne humana.



Ya que no tenemos abnegación suficiente para dejar nuestro mundo de goces y lanzarnos á las escarpadas montañas, á las selvas oscuras, á los pantanos pestilentes donde vagan las tribus desgraciadas que reclaman nuestro socorro, cooperemos aunque sea á distancia á la obra sublime de la civilización. Depositemos el óbolo de nuestra misericordia en las cajas de los santos misioneros que los evangelizan, á fin de que se prevengan de sandalias y alforjas, único equipaje de los apóstoles.

¡Y que la fe se propague, porque ella es la luz, es la paz, es la dicha!

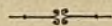
La propagación de la fe ¡qué cosa tan grande! ¡Qué mundo de imágenes se arremolina en el espíritu al eco de esas palabras! Piénsase al escucharlas, en épicas luchas y batallas infinitas, óyense clarines jubilosos anunciar grandes victorias, mírase la bandera de la reconciliación ondear sobre el campo de la guerra, el ósculo de la paz unir á los combatientes, el amor extender las alas sobre el mundo, y el sol de la civilización surgir en el horizonte. En los nimbos de la fantasía, donde todo pensamiento reviste forma propia, representase ese hecho maravilloso como la marcha progresiva de una aurora inefable. Desde que apareció un astro en medio del mundo, va huyendo la noche acobardada á los términos más lejanos de la tierra. Aun se guarecen espesas las tinieblas en rincones apartados, pero las persigue la luz por todas partes, queriendo arrojarlas de sus baluartes postreros, y baja por las barrancas más agrias y sube á las eminencias mayores, y penetra en los bosques vírgenes, y batiéndolas sin misericordia, se apodera de sus reales y las obliga á replegarse todos los días más lejos, á los sitios más remotos, ásperos y salvajes. Esta batida gloriosa organizada contra la noche, acabará por no dejar un solo sitio oscuro en el mundo. Día vendrá, ojalá sea próximo, en que no haya rincón en nuestro planeta, que no esté iluminado por la luz de la fe.

¡Oh Evangelio! ¡Oh Ley de Dios! ¡Cuán irresistible eres! No hay muralla que pueda detener tu paso: ni las montañas, ni los ríos, ni los mares. Inútiles fueron para atajarles las pasiones desenfrenadas del sensualismo, las supersticiones paganas, la filosofía griega, la política romana, las legiones del César, la calumnia, la difamación, el asesinato. Filtró tu claridad suavísima por todas partes, desde la intimidad del hogar hasta la publicidad del Foro, desde la miseria de la ergástula hasta el esplendor del alcázar; y cuando el mundo se convirtió en vasto cementerio sembrado de ruínas, seguiste sonriendo en la altura, tú sola triunfante, soberana tú sola.

¡Y así ha de ser hasta la consumación de los siglos!

¿Qué importa que, renegando de tu claridad, haya osado desconocerte la edad moderna? Nunca podrán vanas palabras destruir la lógica de los hechos: la humanidad culta está amasada con sus fulgores, y por más que te niegue el homenaje de su adoración, te rinde el ardentísimo de sus obras. La vida de los países civilizados es un himno immortal alzado á tu grandeza: en ti viven, por ti alientan; eres el faro que dirige su marcha progresiva, la fuerza misteriosa que los impulsa á librar los gloriosos combates de la civilización.

## CORRESPONDENCIA



### TURQUÍA

#### *La situación de Armenia*

Nos apresuramos á reproducir la siguiente carta que con fecha 10 de Diciembre de 1896 nos escribe desde Constantinopla el Ilmo. Esteban Pedro Azarian, patriarca de los armenios católicos. Este llamamiento del venerable Patriarca atraerá á la comunión armenia nuevas y preciosas muestras de simpatía.

**P**ROFUNDAMENTE conmovido por la prontitud con que personas generosas acudieron en nuestro auxilio, recorro hoy á las columnas hospitalarias de vuestro precioso órgano de las *Misiones Católicas* para manifestar á los piadosos donantes mi viva gratitud y la de los infelices cuya triste situación han aliviado con sus ofrendas.

La aproximación del invierno nos hace sentir más y más el valor de estos subsidios, pues la miseria, tan profunda ya en el seno de nuestra vasta capital desde las últimas turbulencias, por la crisis financiera y la paralización del comercio que les han seguido, se acentúa de una manera inquietante. Si la perspectiva del aumento creciente de esta miseria asusta con razón aun á los mismos que gozan de relativo bienestar, fácilmente se adivinan las angustias de los pobres. Por desdicha, este año el invierno parece será muy prolongado, y la cuestión del combustible se impone á nuestra solicitud como una cuestión no menos vital que la del alimento.

No creáis que al tratar de la miseria de nuestra capital pierda de vista la que se sufre hace mucho tiempo en Anatolia, donde el patriarcado armenio católico cuenta gran número de los suyos, víctimas de los desastres del año último.

Poco es lo que se ha podido hacer hasta ahora para que fuesen más llevaderas las múltiples tribulaciones de esos infelices armenios católicos, cuya triste situación es verdaderamente digna de piedad, tanto más cuanto la actitud de estos últimos, prescrita en repetidas circunstancias por su Patriarca, ha sido siempre correcta, y que no puede imputárseles la menor parte de provocación en las deplorables complicaciones de las que están sufriendo las tristes consecuencias. En la desolación en que gimen, sin que hayan podido sembrar ni cosechar, han vivido estos últimos meses de limosna, y de limosna tendrán que procurarse lo necesario para el invierno.

Cierto que no han faltado donativos para las víctimas de los desastres de Anatolia: los fondos para socorros, procedentes de Inglaterra y de los Estados Unidos de América, se han elevado á cifras verdaderamente dignas de estos pueblos. Pero el cuidado de efectuar su distribución se encomendó á los agentes de las Sociedades bíblicas, que han protegido espléndidamente á los protestantes y gregorianos, siendo insignificante lo que han percibido los armenios católicos.

Este hecho me entristece; pero no me desalienta, pues confío que la caridad de los católicos no abando-



nará á los nuestros. A esta caridad incomparable me dirijo haciendo un llamamiento en favor de nuestros infelices católicos, tanto constantinopolitanos como provinciales.

Antes de cerrar la presente debo añadir que el Sultán acaba de dictar ciertas medidas administrativas, que, lealmente cumplidas, contribuirán á mejorar la marcha general de los negocios en las provincias del Imperio.

P. S.—Una tempestad de nieve que ha caído súbitamente sobre esta capital ha causado un frío excesivo, y hemos tenido que disponer inmediatamente la distribución de carbón, del que tendremos que hacer nueva provisión para el mes de Enero, que es aquí el más riguroso del invierno. Más de trescientas cuarenta familias han sido beneficiadas, y era conmovedor oír sus expresiones de agradecimiento en favor de sus generosos bienhechores.

### GOLFO DE GUINEA

*Felices disposiciones de los indígenas del Muni*

El R. P. Nicolás González, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde aquellas apartadas posesiones españolas:

**I**NTERRUMPIDA por algún tiempo nuestra obra evangelizadora entre los pamues, por causas ajenas á nuestra voluntad, hemos podido reanudar nuestras visitas desde algunos días á esta parte. Efectivamente, el 24 de Febrero del presente año, al caer la tarde, nos dirigimos el P. Guiu, el H. Ortega y el que suscribe hacia al río Muni, habitado casi todo él por la tribu referida, á la cual hallamos, gracias á Dios, en muy buenas disposiciones para recibir la divina semilla del Evangelio.

No me detendré en hacer una detallada relación de todos los pueblos que visitamos, ni las peripecias á que estuvimos expuestos á causa de las mareas. Me ceñiré, para no ser largo, á algunos episodios sencillos que manifestaban, por una parte, que no son estériles los trabajos que se pasan instruyendo á los jóvenes en los colegios, aun cuando después se vuelvan á su tierra; y por otra, cuánto bien podría lograrse visitando estas pobres gentes, si estuviesen orilladas del todo nuestras tan prolongadas contiendas con Francia.

A la verdad, juzge V. cuán agradable sorpresa recibimos cuando, al saltar á tierra por primera vez, nos vimos acogidos con entusiasmo por dos jóvenes educados en Banapá, quienes en los bajos de su casa de piso (á diferencia de las de sus paisanos salvajes, que carecen de él), hallamos que habían colocado su modesta capillita, en la cual hacían sus prácticas cristianas.

Celebramos la santa Misa, que oyeron nuestros jóvenes con mucha atención y formalidad. Decían, al comenzarla, algunos indígenas:

—No podemos presenciar estas cosas, si no, vamos á morir.

Por lo cual, terminando el divino Sacrificio, se les encara uno de los referidos jóvenes, diciéndoles:

—¿Habéis muerto? Quitad de vuestra cabeza esa preocupación.

Esto nos sirvió como de exordio para la catequesis que dimos á la multitud allí reunida. Nada digo de la alegría que en los jóvenes cristianos rebosaba, al ver en su tierra al Padre misionero después de tanto tiempo de haberse visto privados de su presencia. Nadie puede figurarse la alegría con que nos prestan toda clase de servicios: ni más ni menos de como lo hace un hijo para con su amado padre después de una larga ausencia.

Para que se vea la impresión que causaban nuestras palabras en los ánimos de aquellas pobrecitas gentes al hablarles de Dios, de la otra vida, del cielo, del infierno, del beneficio de la Redención, y que sus frutos se nos aplican por medio del santo Bautismo, sólo diré que en uno de los pueblos, después de haber oído la instrucción, exclamó una sencilla mujer:

—Con tal de poder ir al cielo, no me sabría mal morir inmediatamente, después de recibir el santo Bautismo.

Algo de amor propio revelan estas palabras; sin embargo, es bien perdonable en estas sencillas gentes.

En fin, reverendo Padre, de buena gana me hubiera quedado meses enteros entre aquella gente; pero mis deberes me llamaban á otra parte, lo mismo que al Padre y Hermano, mis compañeros. Por lo cual, á pesar del consuelo que se siente al contemplar la buena voluntad de los pueblos para oír la divina palabra, de los deseos de los niños, que con interés piden para venirse á los colegios, del regocijo de los cristianos, etc., tuvimos que despedirnos de nuestros amados pamues, prometiéndoles, para dejarlos contentos, que, á no tardar, les visitaríamos de nuevo.

Estas son, descritas á grandes rasgos, las impresiones que nos hemos llevado de nuestra visita al río Muni y á sus afluentes. ¡Quiera el Señor proporcionarnos ocasión para dar el riego oportuno á la semilla espiritual depositada en aquellos abonados corazones!

*Sentimientos religiosos de los indígenas convertidos*

El R. P. Ramón Albanell escribe recientemente:

En medio de las contradicciones que experimentamos, Dios nuestro Señor y nuestra cariñosa Madre nos proporcionan motivos de consuelo; haciendo el oficio de «Robadora de los corazones.» Me refiero particularmente al pueblo de pamues, establecido á ocho minutos de Banapá. Hay unas ochenta y dos personas; los más son cristianos. Atendida su poca instrucción, muestran un corazón bien dispuesto. En prueba de lo dicho, citaré sólo dos casos que nos enternecieron.

Durante el mes de Octubre, un domingo que no pudieron estas gentes llegar á tiempo al Santo Rosario porque llovía, pues ya estábamos cantando la Despedida, al salir de la iglesia me dice uno de ellos, que sabe algunas palabras de castellano:

—Padre, ¿por qué tú rezaste Rosario?

—Por que era la hora, contesté.

—¿No ves, repuso, que lluvia grande ésta? Ahora reza el (Rosario) de nosotros.

Al oír estas palabras fuí á la iglesia, y rezamos con estos amados indígenas el Rosario; viniendo á mi memoria aquellas palabras de nuestro amoroso Jesús:



«Que los hijos pidieron pan,» etc. ¿Podía negarles yo este pan?

El otro caso fué el siguiente: en el día de Nuestra Señora del Pilar salieron de su país para establecerse en Fernando Poo. Después del Rosario de la tarde, el H. Lausín, como buen aragonés, les recordó que el día siguiente cumplirían dos años que fueron sacados del cautiverio de la infidelidad. No hubo más. El día siguiente, mientras estaba celebrando el que subscribe la Misa, oye ruido de personas que entraban á la iglesia. Después me enteré de ello, y ya veo venir al Hermano Lausín con un cuadro de la Virgen del Pilar, que lo coloca en el altar lateral de nuestra capilla. Los pamues oyeron la segunda Misa, después de la cual me vi precisado á dirigirles la palabra, exhortándoles á ser fieles á la fe y á que rogasen para que la Virgen atrajera á otros de sus paisanos.

Concluida la sencilla exhortación les dimos á cada cual una hoja de tabaco y una copita de caña.

Me enteré después del promotor de esta acción, y fué el mismo que pidió antes que rezase otro Rosario para los pamues. Lo hizo tan bien, que se levantó de mañana, y fué llamando en todas las

casas antes que sus habitantes marchasen á sus quehaceres ordinarios. Cuánta verdad sea que Dios tiene corazones amantes en todas las regiones del globo, lo prueban una vez más los hechos referidos.

## COLOMBIA

*Nueva Misión salesiana entre los salvajes de los Llanos de San Martín*

DESDE hacía mucho tiempo, escribe desde Bogotá el R. P. Evasio Rabagliati, se hablaba aquí de dicha Misión, y era ardentísimo el deseo de nuestro amadísimo señor Arzobispo, manifestado varias veces al infrascrito, de que se empezase de una vez: la carencia de personal adaptado á la importancia de la empresa nos impedía, sin embargo, condescender á los

deseos justísimos de nuestro dignísimo Prelado. El 9 del próximo pasado Diciembre murió trágicamente, en las montañas de Uribe, el Rdo. P. José de Calasanz Vela, de la esclarecida Orden de Santo Domingo, el único Religioso que desde hace treinta años atendía á estas vastísimas Misiones. Visitando la comarca de Uribe, una noche le tiró el caballo á un precipicio, donde murió á los pocos minutos. Apenas volví del departamento de Santander, visité por primera vez al ilustrísimo señor Arzobispo, y éste me habló de nuevo y con más insistencia de la urgente necesidad que había de dar principio á las Misiones de San Martín.

—Hay, me decía, miles y miles de católicos sin asistencia religiosa; hay cinco centros de población cristiana sin un sacerdote, y muchos miles de salvajes que esperan todavía la hora de su redención, por lo que es imposible retardarse más: de buena gana les mandaría yo sacerdotes seculares, pero no los tengo, y ni siquiera la esperanza de tenerlos pronto. Por otra parte, el reverendísimo P. Rúa, á quien he escrito sobre el particular, acepta con placer dichas Misiones, y me prometió que me mandaría tres sacerdotes lo más pronto posible: ahora

bien, si la voluntad de los Superiores es ésta, también lo es la del Señor; acepte por lo tanto, reverendo Padre, aquellas Misiones, y D. Bosco le bendicirá desde el cielo.

¿Cómo decir que no? yo hubiera querido dejar para más tarde la respuesta definitiva, y dar tiempo á que llegaran los refuerzos prometidos de Turín, pero no tuve valor para amargar aquel corazón de Padre y Pastor con una suspensión indefinida que se habría prolongado por todo un año.

Arreglamos lo más pronto posible lo necesario, y partimos tres sacerdotes, un clérigo y un coadjutor para San Martín, la mañana del 3 de Febrero, entre los felices augurios y saludos de todos los Hermanos y niños de nuestra Casa de Bogotá.

Los Llanos de San Martín son inmensas llanuras que se extienden desde las Cordilleras Orientales de Colom-



R. P. Fr. JOSÉ BARCONS Y SADERRA, carmelita. (Pág. 22)



bía hasta el Océano Atlántico, con miles y miles de leguas de longitud y latitud, necesitándose varios meses para atravesarlas, razón sobrada para creer que ninguno hasta hoy lo haya hecho. Son un *quid simile* de las Pampas de la república Argentina, pero más hermosas, más pintorescas é inmensamente más vastas: al Norte y al Oriente tienen por límite el mar de las Antillas y el Atlántico; al Sud el Amazonas, y al Occidente las cordilleras que llegan hasta el Pacífico. No son tampoco tan monótonas como las citadas Pampas de la Argentina: allá se camina días y más días sin encontrar un árbol ó una piedra; animales que pacen, algunos ríos y nada más: aquí, por el contrario, hay una variedad que encanta. Por algunas de las florestas vírgenes, que parecen no tener límites, el hombre ha podido abrirse algún camino; pero no penetrando nunca los rayos del sol por la gran espesura del bosque, y lloviendo meses seguidos, este camino se convierte en un torrente y en un pantano, que el viajero con su caballería debe pasar con suma lentitud y con no pocas molestias.

A esto se añaden los grandes ríos que se deben vadear por falta de puentes, en estas regiones desconocidos; lo cual no puede menos de ofrecer grandes peligros y de ocasionar no pocos contratiempos. La mula es el animal más á propósito para estos casos, porque difícilmente tropieza y cae; no así el caballo. Al que por vez primera debe atravesarlos se le presenta otro grave peligro, cual es el irsele la vista por la rapidez de la corriente, de manera que no sabe dónde se halla, pues se cree parado y camina, y pareciéndole que las aguas arrastran al animal, se tiene por perdido. Por este motivo ningún viajero pasa solo estos ríos, tomando siempre un guía que los conozca bien y sepa dónde se encuentran los puntos menos profundos. A más de esto se toman otras precauciones, como atar el propio caballo á la cola del caballo del guía, distraer la vista no mirando nunca al agua, ó cerrando del todo los ojos hasta pasar de una orilla á la otra. Estas precauciones se toman en los meses de estío, que es cuando pueden vadearse, porque en invierno es del todo imposible, y entonces quien es buen nadador se echa á nado si tiene mucha prisa y necesidad de pasar, y si no, retrocede y desiste de su empresa. En algunos puntos se encuentra una pequeña barca hecha con el tronco de un árbol, pero sin barquero que la guíe, así es que quien se mete en ella debe saber remar al mismo tiempo que debe tirar del caballo, ofreciendo graves dificultades si éste no es dócil, pues se corre el peligro de quedar ahogado. Unase á todo esto los innumerables cocodrilos que los pueblan, y queda dicho todo. En estas ardientes tierras se encuentran los cocodrilos á centenares y á millares en todos los ríos. En las horas frescas de la mañana y de la tarde no abandonan el lecho del río, pero en las horas de calor salen á la orilla buscando la fresca arena, y allí pasan las horas tendidos, con la desmesurada boca abierta, haciendo entre tanto la digestión de la presa que durante la noche ha caído entre sus dientes. Si no sienten los estímulos del hambre huyen de la persona que se les acerca, pero en caso contrario persiguen y acometen con desesperación. ¡Desgraciado del que cae al agua, pues está perdido! Le arrastra al fondo del río, y en esta horrible situación la defensa es

difícilísima, si no imposible, porque el cocodrilo tiene la piel invulnerable, de tal manera que el cuchillo no le penetra y las balas resbalan por su duro lomo, sin hacerle el menor daño; la única cosa, y muy difícil por cierto, que se puede hacer, es meterle los dedos en los ojos y cegarle, pues abandona la presa; pero recuperada de nuevo la vista, vuelve á perseguir con más furor á su víctima hasta que obtiene su intento, que es engullirse al desgraciado que cae entre sus grandes y afilados dientes.

Por todos estos motivos es siempre peligroso el paso de estos grandes ríos, y por lo mismo generalmente no se viaja en invierno; además, cuando extenuado por la fatiga y el calor desea el viajero bañarse, debe evitar otro peligro, pues en estos ríos, aunque sean pequeños, se encuentran dos clases de pescados llamados raya y temblador, los cuales viven sepultados en la arena, pero apenas se les pone el pie encima hieren, siendo gravísima y casi siempre mortal la herida.

La pesca es abundantísima, siendo el alimento principal de los salvajes de estas tierras. La caza es también muy abundante, encontrándose por estas florestas infinidad de pájaros, casi todos diferentes de los nuestros en el canto, tamaño y color; el que más abunda por aquí es el papagayo. Quien en las primeras horas de la mañana atraviesa la floresta, goza de una música particular que con mucha razón se puede llamar el *Benedicite Domino, omnes volucres caeli*, del profeta Daniel, pues es una cosa que conmueve profundamente. Las bestias feroces, y especialmente los tigres y los leones, abundan mucho en estos desiertos, pero estos dos últimos sobre todo, nunca asaltan cuando las personas son muchas; además no sufren el hambre por la abundancia que á cada paso encuentran de animales con que cebarse. Más que para las personas, constituyen un peligro continuo para los animales domésticos, por lo que los propietarios de ganado les hacen incesante guerra.

¡Cuánta grandiosidad presenta la naturaleza en estos desiertos! No me atrevo siquiera á citar de paso la flora y la fauna, pues es una cosa verdaderamente prodigiosa ver la variedad de plantas, hierbas, flores, etc., que por aquí hay; y los pocos conocimientos adquiridos tantos años hace, en los libros de texto, no son suficientes para trasladar al papel ni en sus líneas más principales, el grandioso y soberbio manto con que la naturaleza se cubre y embellece.

No obstante el estado verdaderamente intransitable del camino, llegamos finalmente en tres días al primer pueblo de los Llanos de San Martín, es decir, á Villavicencio.

Unos sesenta arcos de triunfo, hechos con ramas de olivo, palmas y otras plantas, nos indicaban que aquella buena y sencilla gente estaba contenta de nuestro arribo.

Villavicencio es una población de casi 1,500 almas, en el confín entre la parte civilizada y la bárbara: por una parte, todo son montañas hasta el mar Pacífico, y por la otra, todo llanuras hasta el Océano Atlántico. Pocos años ha fué destruído totalmente este pueblo por un voraz incendio, que podría repetirse á cada momento, pues el techo de estas casas es todo de paja ó ma-



dera; las personas particulares han reconstruido de nuevo sus casas en poco tiempo, pero los cristianos no han tenido todavía tiempo de reedificar el templo: tenemos, por lo tanto, un pueblo sin iglesia, puesto que no puede llamarse iglesia una habitación pequeña, estrecha y sucia donde se celebran los divinos Misterios; apenas caben en ella treinta ó cuarenta personas; sirve de campanario un frondoso árbol que se eleva en medio de la vecina plaza, y dos campanas atadas á una rama del mismo anuncian las funciones religiosas, encargándose de tocarlas por lo general un niño que trepa por el árbol. En la misma plaza y á dos metros del suelo se ven ya los cimientos de la nueva iglesia que se proyecta, pero está interrumpido el trabajo, y hay poca esperanza de reanudarle.

Después de saludar á las Autoridades, que vinieron á dar la bienvenida á los recién llegados, nos encontrábamos solos ocupados en abrir las cajas y ordenar nuestras cosas, cuando he aquí que de improviso llamó nuestra atención un confuso vocerío.

— ¡Los indios, los indios! ¡Aquí vienen los salvajes!

Abrimos la puerta, y ¡oh maravilla! vimos á pocos pasos de la casa una turba de indios varones, mujeres y niños, los cuales, casi desnudos y seguidos de una gran multitud de curiosos, venían precisamente á ver á los Padres. Entre los indios reconocí á cuatro que había encontrado el año pasado en el desierto á tres jornadas de San Martín, y después de haberles saludado y preguntado el objeto de su venida, uno de ellos, que hablaba en castellano, respondió á nombre de todos:

— *Sabiendo que viniendo Padres á San Martín, queriendo nosotros saludarlos. Hartos más viniendo ahí.*

Invitamos á los indios á entrar en casa, encontrándolos, como es de suponer, todo en desorden: libros, hábitos, lienzo, utensilios de cocina, etc., etc. Los indios estaban atónitos observando todo aquel fárrago de cosas, para ellos nuevas, causándoles especial admiración los instrumentos musicales, pues nos trajimos diez para formar una banda con los niños del Oratorio festivo. No cesaban de mirarlos, y aun alguno más atrevido se puso á manosearlos: entonces yo tomé un enorme bajo, y poniéndoselo al cuello al más espabilado, le indiqué que soplara en la boquilla, y después de no pocos esfuerzos pudo salir un sonido. La maravilla y gozo de aquella turba de indios llegó al colmo: todos querían tomar los instrumentos y saltaban de gozo, y se tenían por felices cuando podían producir un sonido cualquiera; de manera que podemos decir que quien inauguró nuestra pequeña banda de San Martín no fueron los rapazuelos del Oratorio festivo, sino los salvajes del desierto.

La visita fué larga, pues lo querían ver todo: uno de ellos, por haber pasado varios años entre españoles, sabía muy bien el castellano, y á éste le hicimos muchas preguntas para saber lo que más nos interesaba acerca de la Misión que debíamos emprender. Los hombres, todos armados de arco y flechas, accediendo á nuestros deseos, nos dieron pruebas de su destreza, dando siempre en el blanco aún á grandes distancias.

Antes de despedirles les regalamos cigarros, pañue-

los de color, *panela* (pasta hecha con miel ó con jugo de la caña de azúcar) y otras bagatelas; quise también probar el efecto que producía en ellos la música, y mientras estaban distraídos sentados en el suelo en medio del patio, coloqué el *harmonium* en un rincón, y sin ser visto me puse á tocar: al momento y como por instinto alzaron todos la cabeza y se pusieron á mirar hacia arriba creyendo que de allá viniera el sonido, quedando fijos y sin articular palabra hasta que se concluyó la música.

Siendo ya la hora un poco avanzada, se retiraron contentos y satisfechos á los *toldos* ó chozas que habían preparado en medio del bosque, prometiendo que volverían á la mañana siguiente. Los indios son harto desconfiados para que pasen la noche con los blancos; prefieren dormir solos, á la orilla de algún río, con sus canoas preparadas para huir al menor barrunto de peligro. Su lecho es la misma canoa ó el *chinchorro*, hamaca de red hecha con los filamentos de las palmeras.

Verdaderamente sería suma imprudencia dormir sobre el desnudo suelo, no sólo por la gran humedad, sino también por el gran peligro de los reptiles venenosos que pululan por doquiera, principalmente junto á las aguas. Acostumbran también encender grandes hogueras para ahuyentar á las fieras y evitar los mosquitos, que pican rabiosamente á los que duermen desnudos. Nuestro gusto hubiera sido acompañarles hasta sus toldos, pero como he dicho, era ya tarde, y tampoco era prudente, á fin de no despertar en ellos alguna sospecha.

A la mañana siguiente muy tempranito volvieron todos acompañados de otro más, el cual exigía lo que la tarde anterior se había dado á los demás. Con la caridad de un buen vecino se pudo entregar á cada hombre y niño una camisa de color; á las mujeres se les dieron otras cositas, pues estaban suficientemente cubiertas con una especie de tejido hecho con palmas y otros filamentos, que las cubren enteramente; después, sabiendo que son un poco glotones, les dimos también algo de comer. Habiendo traído consigo algunos niños, díjeles si permitían que les bautizáramos, á lo que condescendieron al momento, no porque ellos den alguna importancia al bautismo, pues en su ignorancia no saben qué es ni para qué sirve, sino más bien por tener algún regalillo de los padrinos que en esta circunstancia se procuran.

Debiendo yo volver á Bogotá para predicar la cuaresma en nuestra iglesia del Carmen, deseaba llevar conmigo uno de aquellos salvajes, y habiéndome fijado en uno que tendría como quince años, más despierto que los otros y que hablaba bastante bien el castellano, le hice propuestas y promesas con el fin de ganarle, y hasta me quité el reloj y se lo ofrecí, pero él con la más grande indiferencia á todo respondía: «Tal vez,» menos cuando rotundamente se negaba á venir diciendo:

— No, porque en Bogotá hay muchas enfermedades y se muere, y yo no quiero morirme.

No obstante esto, contábamos ya con la victoria, cuando una vieja, que todo lo estaba oyendo y observando, se puso á gritar hablando en su jerga, quizás para amedrentar al buen indio, y echó á perder la cosa,



pues no pudimos obtener nada. Se le rogó entonces al jovencito que se quedase al menos por algún tiempo con los Padres de San Martín, prometiéndole que le habían de tratar muy bien y le darían muchas cosas, mas él no quiso de ninguna manera, diciendo que prefería volverse con su gente á su tierra: hicimos lo mismo con varios otros, pero sin éxito.

Viendo que por esta parte no se podía obtener nada, nos ofrecimos para ir con ellos al bosque viviendo en su compañía, pero no aceptaron ni rehusaron nuestra propuesta, como si no creyesen formal nuestro espontáneo ofrecimiento. Esperamos que con el tiempo se pueda obtener lo que hasta aquí ha sido imposible; lo importante por ahora es que vuelvan á San Martín con frecuencia, lo que harán si se les trata bien y se les interesa con la esperanza de algún regalo, y confiamos que lo que no se pueda alcanzar con los grandes, lo obtendremos al menos con los pequeños. Estos indios acostumbran ceder sus niños á los padrinos después del bautismo, ó al menos no oponen resistencia alguna si

## BOLIVIA

*Misiones de los Padres Franciscanos de Potosí.— Trabajos de los misioneros.— Su sistema.— Ocupaciones de los niños y niñas.*

Desde Potosí escribe el R. P. Fr. Esteban Pérez, misionero franciscano:

Como buenos hijos de nuestro Padre San Francisco y dignos émulos de sus hermanos los otros Padres misioneros de los demás colegios de esta república de Bolivia, los Padres de Potosí no sólo atienden á las necesidades espirituales de los habitantes de la población que tan caritativamente los abriga en su seno, y demás pueblos vecinos, sino que también y principalmente dirigen sus esfuerzos y ejercitan su actividad franciscana en la conversión y civilización de los infieles, objeto primordial de su Instituto.

El campo de sus santas operaciones es la parte oriental de esta república confinante con el Paraguay y el Brasil, región dilatadísima, donde existen diseminados



NORUEGA.—Parte del Lyngenfjord en Laponia. (Pág. 17)

se los piden, por lo que hemos combinado el siguiente plan: retener en San Martín á todos los niños y niñas que bautizaremos, á los que les buscaremos buenos padrinos que cuiden de ellos hasta los seis ó siete años, que pasarían á los asilos ó colegios preparados al efecto, en donde nosotros cuidaríamos directamente de ellos: con este método esperamos poder obtener otra gran ventaja, que es la de conquistar á los padres por medio de sus hijos.

los salvajes llamados chiriguano, del mismo origen que los guaraníes y en número de unos cincuenta mil, según cálculo aproximado.

Como todos los salvajes, éstos andan hasta cierta edad completamente desnudos; pero cuando el rubor natural se asoma con los años, cúbrese de la cintura á las rodillas con un trapo cualquiera; llevan sus cabellos desplegados, se pintan de colorado, y para distinguirse de los demás acostumbran perforarse el labio



inferior y llevan en él colgado un botón del tamaño de una nuez, que llaman *tembeta*, con lo cual quedan horriblemente desfigurados.

Además de las cuatro *Doctrinas* ó sean pueblos, ya formados y sometidos al Gobierno civil de la república, en los cuales los Padres misioneros continúan ejerciendo el ministerio sagrado por falta de sacerdotes á quienes poder confiarlos, tiene este colegio en continuo ejercicio las tres *Misiones de infieles*, denomina-

El sistema que para la conversión y civilización de los salvajes observan estos Padres misioneros de Potosí, pareceme incomparablemente mejor que el observado generalmente por los otros misioneros nuestros de los colegios de estas repúblicas del Perú, Ecuador, etcétera. En las otras Misiones el Padre conversor empieza por aprender el idioma ó dialecto de la tribu de salvajes que pretende convertir; aquí por el contrario, el Padre conversor comienza por hacer aprender á los



NORUEGA.—Ballena arrastrada á tierra. (Pág. 16)

das: *San Pascual de Boicobu*, *Santa Rosa de Cuevo*, y *San Buenaventura de Ivu*. Tanto las *Doctrinas* como las *Misiones* distan de este colegio unos ocho días de camino, y entre una y otra *Doctrina* ó *Misión* no hay menos de seis leguas.

Diez ó doce Padres misioneros se emplean de continuo en sostener la fe de los nuevos cristianos de las *Doctrinas*, ó en convertir á los infieles de las *Misiones*; los demás Padres, que son catorce sin contar coristas y legos, moran en el colegio como en cuartel sagrado, donde descansan de sus apostólicas tareas, á la vez que adiestran en el ejercicio de las prácticas de la Religión á los jóvenes misioneros que han de ir á substituir á los conversores, sus Hermanos.

¡Tierno y conmovedor espectáculo! Mientras los hijos del siglo se envanecen cantando triunfos muy dudosos á la moderna civilización, los hijos del Padre San Francisco, fieles á la santa vocación, se lanzan denodados por entre regiones salvajes, se entienden con los llamados *capitanes* de las hordas infieles, las reúnen en lugar señalado para la *Misión*; construyen en primer lugar el templo, como casa de Dios y casa también de todos los hombres, que somos hermanos é hijos de ese Dios y Padre nuestro; delinean la plaza y las calles, edifican colegios para niños y niñas separadamente; y obligan á los salvajes á que construyan también sus respectivas casas, y á que cultiven el campo, que en la repartición de los terrenos les cabe por suerte.

niños el idioma castellano. En otras Misiones la agrupación misma de los salvajes es el objetivo del misionero; aquí, aunque no se desentiende por completo del salvaje ya formado de años, no se preocupa tampoco de su conversión, y se contenta con que viva reunido al grupo de la *Misión*, con tal que sus hijos é hijas vayan á sus respectivos colegios ó escuelas.

Al principio, el planteamiento de este sistema cuesta en cada *Misión* bastante trabajo, cuidados y pesares. Los unos por parte de los padres salvajes que ocultan á sus hijos; los otros por parte de éstos que se niegan á concurrir á la escuela, ó se escapan de ella para entregarse á su habitual holgazanería. Pero con la paciencia, energía y constancia de los misioneros se allanan las dificultades y se conquistan de tal suerte las voluntades, que la escuela, mirada al principio como cárcel y tormento, se les cambia en placer y recreo.

Las distribuciones diarias de los niños y niñas respectivamente están repartidas entre las prácticas piadosas, la instrucción, el trabajo, la alimentación y el descanso. Duermen en sus respectivos colegios, se levantan á las seis de la mañana, oyen Misa todos juntos, y van á sus casas á desayunarse. Vuelven á las ocho al colegio, donde según su clase se ocupan en leer, escribir, aprender aritmética, catecismo ó canto, hasta las once y media, que van á comer á sus casas. Desde la una hasta las cinco de la tarde se emplean en trabajos manuales bajo la dirección del misionero. Unos se



dedican al cultivo de la huerta, otros al oficio de carpintería, sastrería, herrería, etc. Las niñas cosen vestidos; y ese pueblo infantil que consta en cada *Misión* de unos quinientos entre niños y niñas, y como doscientos adultos por término medio, aparece cristiano y civilizado por completo. Tienen su vestido para el trabajo, y otro de gala y bonito para los días festivos; hasta suele haber su pequeña milicia con sus jefes galoneados; y cuentan con banda de música compuesta de violines, flautas, caja, redoblante, platillos y triángulo, con la cual ejecutan varias tonaditas con bastante gusto.

Con este magnífico sistema de conversión se obtienen las siguientes ventajas, bien dignas de atención:

1.<sup>a</sup> Cualquiera de los Padres misioneros del colegio ó de cualquier parte que vaya á estas *Misiones*, trabaja en ellas desde el primer día, sin necesidad de aprender extraño idioma, con la misma eficacia que si hubiera estado allí desde el principio.

2.<sup>a</sup> Los convertidos de una *Misión* pueden entenderse perfectamente con los de las otras *Misiones*, y los de todas con la parte civilizada y con toda la república, cuyo idioma oficial es el español, el cual se enseña en cada *Misión*.

3.<sup>a</sup> Los niños y niñas, como seres tiernos, además de aprender con facilidad el lenguaje castellano, son más accesibles á la civilización, y pronto adquieren gusto en seguir las costumbres de sociabilidad y de educación.

4.<sup>a</sup> Estos mismos niños y jóvenes son los mejores y más seguros conductores de la civilización de los misioneros á los salvajes, y sus naturales intérpretes.

5.<sup>a</sup> El pueblo así formado llega á adquirir un conocimiento más perfecto de la Religión, cuyos dogmas no se pueden dar á entender con el lenguaje imperfecto y rudimentario de los indígenas de estos países.

6.<sup>a</sup> Siendo el idioma uno de los mejores lazos de unión, tiende ese sistema de conversión por medio del lenguaje castellano á hacer desaparecer las continuas animadversiones y luchas de unos pueblos con otros, y principalmente la antipatía entre las razas europea y americana, ó sea entre los indios y los blancos; mal gravísimo que ahora es difícil ya remediar; que puede traer en el porvenir las más desastrosas consecuencias en estas repúblicas; y que acaso no existiera si desde un principio se hubiera practicado el sistema de convertir á los indios á la Religión y civilización por medio del idioma español.

### ARAUCANÍA (Chile)

#### *Movimiento religioso en la Misión de Temuco*

Desde Temuco escribe el R. P. Fr. Diego A. Venegas al reverendo Padre prefecto de la Misión:

**T**ERMINADOS los oficios de Semana Santa me fuí á misionar á las distintas tribus indígenas diseminadas á orillas de Quintrilpe y Curileo. Allí, en término de veintidós días, trabajando en instruir á los adultos y bautizar párvulos desde las primeras horas de la mañana hasta entrada la noche, vi coronados mis esfuerzos con la bendición del Altísimo; pues bauticé 535 infantes y 147 adultos catequizados, los cuales, es-

tando suficientemente instruídos, recibieron por primera vez el adorable Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en la sagrada Comunión. De estos últimos tuve la satisfacción de casar y velar 46 parejas.

También participaron de los beneficios de esta Misión los españoles que viven entre los indios; pues se bautizaron algunos niños, se casaron 3 parejas y se confesaron y comulgaron 45 personas.

En los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre tuvimos varias reuniones de indios con el objeto de instruirlos; y bautizamos y casamos un buen número.

En los primeros días de Enero del presente año 96 salí nuevamente á misionar entre los indios á orillas del río Muco en casa de un indio lenguaraz, llamado Vicente Escobar Cayul. Aquí, como en todas las demás correrías apostólicas, de día instruía á los indios, y por la noche, después del rezo del santo Rosario, predicaba y confesaba á los españoles, por ser la hora más oportuna para la gente trabajadora.

En esta Misión, que fué de doce días, con la ayuda de la Sra. Tomasa Neira, que se fué á esa región con un mes de anticipación á enseñar el rezo á los indios, y del mismo Vicente E. Cayul, bauticé, puse óleo y crisma á 219 infantes y á 186 adultos catequizados, los cuales, estando suficientemente instruídos, recibieron la sagrada Comunión en compañía de 20 indios que se confesaron, y de 33 españoles. Casé y velé 75 parejas de indios y 2 de españoles.

¡Ah! reverendo Padre prefecto: era admirable la ternura y devoción de aquellos indios regenerados con las aguas del santo bautismo y alimentados con el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y la docilidad y atención con que oían las explicaciones catequísticas del misionero, á la intemperie, por no haber la inmensa concurrencia en un gran cobertizo de tablas improvisado al efecto. Quedó tan arraigado entre ellos el sentimiento religioso, que cada uno de los caciques cristianos me suplicaba le bendijera unos palmos de tierra para enterrarse con su gente; pero, como yo les dijera que no podía bendecir muchos cementerios en un lugar, se convinieron para que les bendijera un cementerio común, los caciques siguientes: Cayul, Calluqueo, Antonio Viripull, Antonio Blanco, cuyo padre Vicente Blanco se bautizó de ciento treinta años, Juan Catalán y Juan Manuel Antúnao. El único cacique vecino que no entró en el convenio fué Juan Millalen, el cual no se bautizó porque no quiso apartarse de dos mujeres de tres que tenía.

De aquí me trasladé á Llamuco cerca de Curileo, donde misioné el año anterior y dejé un preceptor pagado para que enseñara á rezar á los indios y las primeras letras á los niños.

Con esta preparación no es de extrañar que haya sido tan abundante la cosecha, como en la Misión anterior. Bauticé, pues, 185 infantes y 127 adultos catequizados y suficientemente instruídos en los rudimentos de la fe. Casé 47 parejas de indígenas y 1 de españoles.

Aquí también, como en la Misión anterior, los principales caciques me suplicaron les bendijera un cementerio católico, para enterrarse en tierra sagrada ahora que ya eran cristianos, á lo que accedí con gran satisfacción de mi alma.



## AYALA (Filipinas)

*Expedición á Siocón.—Reducción de los antiguos misioneros de la Compañía*

EL lunes de la semana pasada, escribe el R. P. Ricart, S. J., al reverendo Padre Superior de la Misión, fui á Zamboanga, para preguntar al P. Ribas si le parecía bien el emprender la otra expedición más larga hasta Siocón, y conviniendo en ello y de acuerdo también con el P. Salvans salí el día siguiente martes á las dos de la tarde con diez compañeros desde Ayala, en un lancán grande que podía cargar cincuenta cavares de palay. Ya era necesaria ahora más prevención que para Nueva Reus, Erenas y Nongán. En la madrugada del miércoles hacíamos la travesía desde Erenas á Mantebú, á donde llegamos al medio día. ¡Qué diferente fué la impresión que recibí esta vez en el sitio de la cueva de Mantebú, de la muy grata que tuvimos el día 12 del mes próximo pasado cuando se celebró en la misma el santo sacrificio de la Misa! Ahora la encontramos con la marea viva que llegaba hasta la misma mesa de piedra donde arreglamos antes el altar, y toda llena de trozos de vinta, maderas y otros despojos de la mar, y toda desfigurada. A las dos de la tarde, después de haber comido, salimos en dirección al Norte, pasando de largo por frente á la boca del río de Nongán, y á eso de las cuatro con muy buen viento, pasamos también de largo por delante del abrigado y espacioso seno de Caut-Caut, hasta que á las cinco y media entrábamos en la grandiosa ensenada de Sirauay, abrigada y libre de vientos fuertes. Esta ensenada tiene de largo unas tres ó cuatro horas de Oeste á Este. Entrando, y á la derecha, está la ranchería de Danganun, y á continuación la de Piacan, situada en otra ensenada interior, vigilada por una islita á que dan el nombre de Bato Pare, por estar allí un Salip de tiempos anteriores. Fui á tierra para ver el *cubul* ó sepultura, y no viendo ninguna inscripción, sino sólo un montón de piedras, nos volvimos al lancán, donde pasamos parte de la noche hasta las once. En este intermedio, algo ya de noche, hablamos con el mandarín y con algunos otros moros, á quienes repartimos cigarrillos y alguna otra cosita. En estos viajes he observado alguna diferencia en el lenguaje de estos moros calibuganes. En los de Nongán se encuentran varias palabras y dejos del moro maguindanao de Tamontaca; en los de Piacan muchas de los subanos; y se ve que estas modificaciones dependen de las razas y gentes con quienes se comunican. Según es la configuración del terreno, no extraño lo que dicen, que desde Piacan se puede pasar caminando en seis horas á la costa del seno de Sibuguey; y en efecto se ve indicado en el monte un corte ó cañada que debe evitar ó disminuir subidas y bajadas. A continuación de Piacan, y casi al Este, siguen las colinas y montecillos de Panabutan y Pugús; y ya en el fondo de la grande ensenada se ostentan grandes llanuras de terrenos inhabitados y fértiles á disposición del que los tome. Junto á estas llanuras y á la otra banda á lo lejos se ve escondida una pequeña bahía, en donde desemboca el gran río de la ranchería de Sirauay. Dicen que hay grande profundidad de agua para grandes barcos.

Siguen luego en dirección al Oeste los montes hasta la entrada espaciosa de la ensenada, la cual desde allí presenta un hermoso golpe de vista, y tiene alturas á propósito que dominan la mar y la tierra. El tiempo no nos permitía entretenernos más allí, ni tampoco el practicar por tierra el paso desde Piacan al seno de Sibuguey; y por esta razón el mismo miércoles á media noche, aprovechando el viento terral, doblamos la punta del Norte, donde se encuentra Sabuan en un recodo y luego Putul; y así nordesteando navegamos por delante de Baliguán, Liguán y Sicanan, á donde llegamos sin detenernos, con la claridad del día.

Después de haber pasado por Balilí, entramos á las ocho y media en el hermoso río de Siocón, ancho como uno de los brazos del Pulangui, aunque no parece tener tanta profundidad; y á las diez de la mañana fondeamos subiendo á la derecha junto al mismo lugar donde residían nuestros antiguos misioneros. Fui á explorar aquel sitio, y con grande admiración y consuelo contemplé á la sombra de una multitud de yates ó tecas un grande muro de piedra ennegrecida por los tiempos, de unos treinta metros de largo por seis ó siete de alto, muy sólido y firme aún, y parece ser la base y fundamento de nuestra casa, que probablemente estaría levantada sobre aquella gran pared. Frente aquel murellón se conserva aislado, paralelo y á unos cinco metros de distancia otro pequeño muro, que á todos nos parecía ser el lugar del altar mayor de la antigua iglesia, y allí se comenzó la santa Misa á las diez y media. El Timuey Toon, no hace muchos años, tenía su casa en la expresada altura, y junto á él otros subanos y moros; y entre unos y otros han hecho desaparecer por completo dos puertas, unas baldosas, la pila bautismal y una caña que se conservaba hace pocos años como restos de la antigüedad. De muchas preguntas y averiguaciones que hice sobre sepulturas y otras noticias que podían interesar, sólo pude sacar que por dichos de los viejos, al Padre misionero de Siocón le mataron los moros en un momento en que dirigía las obras de la iglesia. Después de mi regreso, me han dicho que los moros echaron la campana de la iglesia en aquel mismo sitio, en medio del río. Haré lo posible para averiguarlo. Los subanos y los moros no están en la desembocadura, sino río arriba á unas ocho ó diez horas de distancia, y tal vez más. Aprovechábamos el tiempo navegando casi siempre día y noche, y descansando sólo cuando el viento era favorable. Así es que en Siocón permanecimos sólo una hora y media, partiendo de allí al medio día del jueves. Como al llegar á la boca del río, para tomar rumbo en nuestro regreso, quisiesen los bogadores pasar por delante del puerto de Santa María, ya que el viento era muy favorable y aquel fuerte apenas puede ser visitado, determinamos llegarnos á él para ver si había enfermos. El comandante D. Rafael Salvador, su señora y los demás quedaron muy contentos, y estuvieron muy atentos obligándonos á aceptar algunas provisiones para el viaje. El Señor les pagará tan grande caridad.

Estábamos ya muy lejos, y eran las cinco de la tarde del jueves, quedándonos por hacer una gran travesía por mar aquella noche, que no tardó en ponerse muy obscura. La navegación seguía bien, gracias á Dios:





NORUEGA.—Muchacha lapona. (Pág. 16)

todos los días se rezaba el santo Rosario y otras oraciones mañana y tarde. A las dos de la madrugada del viernes pasábamos por delante y lejos de Sirauay, Cautit-Cautit y Nongán; y de repente se levantó un fuerte temporal que nos sorprendió y apenas dió tiempo para recoger la vela. Amanecemos cerca de Nongán, y la fuerza de la corriente y del viento nos llevó á una playa no lejos de Sibuco y cerca de Panguán. Con el favor de Dios salimos libres del peligro aquella noche; pero la mar no estaba buena, y, como pudimos, á fuerza de mucho trabajo y constancia, llegamos á Erenas á las once de la noche. Los subanos estaban dormidos y el tiempo tomaba mal cariz, y en lugar de poder venir á Ayala, tuvimos que volver atrás, pues la playa de Erenas está abierta á los vientos. Llegamos á Muluc, que equivocadamente pensábamos sería nuestro puerto

de salvación, no siendo sino otro escollo. Allí estuvieron luchando lo grumetes contra las grandes olas que se levantaban: tres veces que intentamos salir fuera á la mar, las corrientes y los vientos nos arrojaban de nuevo á aquel rincón tan peligroso; y lo que padecemos el sábado no es para ser pintado, sino para ser visto. Eran las cuatro de la tarde, y los semblantes se veían fatigados y macilentos; y yo no sabía dar en aquel caso tan apurado otra solución sino que Nuestro Señor podía cambiar el estado de la mar. Al poco rato uno levantó la voz, y dijo: «Padre, vamos, la mar está buena.»

Y á la puesta de sol salimos de aquellos precipicios, y con grande confianza en Dios fuimos nuevamente á Erenas, donde arribamos ya de noche. Aquella noche se presentó mejor; y á la una de la mañana del domingo salimos de Erenas para acá. Mucho tardamos, y por el camino á las ocho de la mañana se me ocurrió repartir á todos una medalla de San José antes de llegar á Nueva Reus, y á las nueve mientras veníamos, á fin de llegar más pronto á Ayala por razón de la Misa del domingo, se dispuso conducir el lancán á la sirga; pero mientras estaban ya algunos en tierra, y la embarcación volvía á su lugar junto á la orilla, vino una grandísima ola que cubrió todo el lancán (y no llenó por causa del cavan ó cubierta), con cuyo empujón uno llamado José, recibió en la playa un fuerte golpe del lancán en el costado derecho, y al mismo

tiempo contusiones de las piedras en las espaldas, y con la medalla de San José en la mano se fué como pudo, gateando hasta donde no alcanzaba la marejada, y quedó como muerto. Yo estaba en la embarcación con tres compañeros, y todos bien mojados por la grande ola. De repente el timonel exclamó:

—Padre, se rompió la cuerda. En la playa hay uno tendido, y parece muerto.

Al momento dije entre mí mismo:

—Señor, ¿y la medalla de San José?

Y en aquel punto ví á José que se sentaba, y comenzó á andar, y luego nadando como los demás se vino á la embarcación. Llegamos á la una y media de la tarde del domingo, debiendo dar muchas gracias á Dios por todo.





ADORACIÓN DE LOS REYES MAGOS

(Pág. 24)



## MISIÓN CATÓLICA DE LANDANA (CONGO)

POR EL P. CAMPANA, DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

### Los habitantes

#### IV.—Artes y oficios

**T**RARAJAR poco y divertirse mucho, tal parece ser la divisa de los negros.

Con todo, á orillas del mar, á consecuencia de sus relaciones con los europeos, han contraído hábitos laboriosos, y ejercen diversas profesiones.

Cabinda, que es la ciudad más civilizada de la costa, proporciona los artesanos y marineros más hábiles. Encuéntanse en ella herreros, carpinteros, y trabajadores dedicados á la construcción de embarcaciones llamadas *palhabotes*, con las que se hace el cabotaje en toda la costa del Gabón y Mosamedes.

Hay allí tejedores, albañiles, sastres, lavanderos, cocineros, contramaestres que leen y escriben el portugués, y alfareros que, con notable destreza, fabrican con arcilla del país y con moldes muy sencillos, pipas, ollas y recipientes de todas formas y dimensiones, imitando la vajilla europea.

Los misioneros están muy satisfechos de los operarios alfareros (*V. el grabado de la pág. 20*) que han reclutado entre los indígenas.

Los habitantes de esta pequeña ciudad industrial emigran temporalmente á bordo de los buques ó á las factorías de los blancos: en el Sur de Camerón todos los establecimientos que no pueden utilizar el trabajo de los negros indígenas han llamado á los cabindas; y en las posesiones portuguesas meridionales constituyen gran parte de la población artesana: así que el número de cabindas que viven lejos de su patria es casi tan considerable como el de los indígenas que permanecen en su país natal.

En Loango los indígenas fabrican aros de cobre y de hierro, enaguillas, buenas esteras adornadas con dibujos, cofias de hilo de palma, sombreros de paja de ananas, cofrecitos y tejidos.

Hállanse igualmente portadores, en bandas á veces de cien hombres, que en las grandes exploraciones se emplean en el transporte de bagajes y viajeros.

Finalmente, hay en las factorías lingüistas ó intérpretes que hacen el oficio de corredores y de representantes de comercio por cuenta de los blancos de la costa.

En las grandes poblaciones se celebran mercados periódicos, en los que se hacen numerosas transacciones: efectúanse en la plaza pública, á la sombra de corpulentos árboles. Véndense en ellos todos los productos de la comarca.

El *Journal des colonies portugaises* evalúa el comercio de las diversas factorías en quince millones anuales.

Los ba-fiots no saben escribir; pero no les es desconocida la escultura: muestran por este arte aptitudes poco comunes, y aunque carezcan de nociones de escritura, llegan hasta reproducir en marfil, con rara preci-

sión, las rúbricas de los blancos, por enrevesadas que sean.

En este distrito, en la época en que aun no era raro el marfil, esculpían con buen gusto los colmillos de elefante. La mayor parte de las imágenes grabadas, des- arrollándose en espiral como los bajorrelieves de la columna de Trajano, representan procesiones, guerras, tratados de paz. Los hay muy curiosos, en los que figuran blancos de diversos pueblos reproducidos con gran talento de observación y de fina burla.

#### V.—Habitaciones y pueblos de los negros

La habitación de los indígenas es una choza cuales paredes son hechas de papiros entrelazados, conocidos con el nombre de loangos.

Esta choza, llamada chimbec ó chimbeleque, es rectangular: generalmente tiene 2'50 metros de longitud, 2 de anchura y 1'50 de alto.

En uno de los lados más angostos hay una puerta ó más bien una abertura, de las dimensiones indispensables para que se pueda entrar y salir agachándose. Se desconoce casi enteramente el uso de ventanas.

El techo es de hojas de palma ó de bambú, fijadas tan diestramente unas sobre otras, que impiden que la lluvia penetre en el interior.

Quien necesita una vivienda la construye por sí mismo, ó va al mercado con su familia: por un precio que no excede de tres ó cuatro volátiles, adquiere lo que le conviene: sus mujeres é hijos cargan cada uno con una pieza, y la levantan en un día ó dos. Con objeto de impedir que el viento la derribe, la sujetan á dos estacas fuertemente clavadas en el suelo.

Una choza se arma y cambia de lugar como una tienda.

Pasando los indígenas casi toda la vida al aire libre, y no permaneciendo mucho tiempo en el mismo sitio, juzgan inútil construirse casas más cómodas.

Algunos jefes, sin embargo, se hacen casitas de tabla cubiertas con paja, según el modelo empleado por los europeos.

Si se entra en la habitación de un indígena hállase en ella habitualmente una especie de cama formada por cuatro estacas, que sirven de soporte á tablas groseramente trabajadas, en las cuales se extiende una estera. Los utensilios son muy sencillos y poco numerosos: dos ó tres vasijas de tierra conteniendo agua, ó sirviendo para la cocción de los alimentos; uno ó dos platos de la misma materia; cestos de fibras de palma; cucharas de madera, un cuchillo, tenedores y algunas calabazas en las que conservan las raíces, las legumbres, los granos y otras provisiones.

No tienen otro instrumento agrícola que una pala groseramente fabricada.

Los más ricos poseen un ancho parasol, y un cofre de madera en el que guardan sus ropas. Las armas cuelgan de las paredes de la cabaña.

Los negros ignoran, excepto en el litoral, el uso de mesas y sillas, de escalas y carretas.

A cada choza precede un espacio cuadrado, con techo sostenido con palos á manera de columnas, y un tapiz



ó estera extendida en el suelo. En este lugar recibe el negro sus visitas.

Junto á cada habitación hay un huerto ó más bien un campo, cuya extensión varía según el número de mujeres que lo cultivan. Cuando los brazos aumentan el jefe de familia, si es ambicioso, ensancha los límites de su dominio desbrozando los terrenos incultos que lo rodean, ó bien compra parte del de su vecino por un poco de tela ó de alcohol.

Los negros ignoran el uso de los pozos. Las lagunas y los ríos les suministran el agua para sus necesidades.

En estas comarcas las familias no se dispersan como entre nosotros: los lazos de la sangre son asaz fuertes para impedir que se separen.

Así no se encuentran viviendas aisladas, sino multitud de lugarejos que son otras tantas familias presididas por su patriarca, como en China y Escocia.

La reunión de algunos lugarejos forma la aldea, designada en la lengua indígena con el nombre de *banza*.

Ocultos entre los árboles y la maleza, las aldeas del Congo no revelan su existencia al viajero sino por el humo que sale de sus chozas. Sus calles sólo son senderos estrechos en los cuales crecen altas hierbas.

El país no está igualmente poblado en todas partes: las aldeas son más numerosas junto á los lagos y las fuentes, ó á lo largo de los ríos.

#### VI.—Vías de comunicación y medios de transporte

En el litoral los blancos y los jefes indígenas viajan en palanquín.

El palanquín del país, conocido con el nombre de *típoya*, se compone de un tejido de algodón rectangular, en cuyos dos lados más cortos hay varios agujeros: por éstos se pasan cordones por medio de los cuales se tiende fuertemente el tejido sujetándolo á dos clavijas que atraviesan las extremidades de un bambú de cinco ó seis metros de longitud.

El viajero se tiende como en un lecho en esta hamaca improvisada, descansando la cabeza en una almohada. Una tienda, fija en el bambú, le protege contra los rayos del sol y la lluvia.

Dos portadores cogen el bambú cada uno por un extremo, y se lo cargan al hombro. Cuando están fatigados, otros dos los reemplazan, lo que hacen con tal destreza que ni se interrumpe la marcha, ni el viajero experimenta sacudida alguna.

Todos los portadores, en mayor ó menor número, trotan cantando de la mañana á la noche, y sólo descansan al medio día el tiempo necesario para comer.

Para penetrar en el interior, las vías de comunicación más usadas son los ríos.

En el Estado independiente del Congo está en vías de construcción un ferrocarril que debe ir de Matadi á Leopoldville, en la orilla izquierda del Zaire.

Los portugueses construyen igualmente un ferrocarril que debe unir San Pablo de Loanda con Ambacca y más tarde con Malange, habiendo ya en explotación unos doscientos kilómetros.

Estas son las únicas líneas férreas que existen en la inmensa región comprendida bajo la denominación de Congo y Angola.

El Sr. Dolisie, subteniente del Sr. de Brazza, con el concurso de algunos exploradores trazó, hace algunos años, desde Loango á Brazzavilla una ruta, á lo largo de la cual la Autoridad francesa ha instalado una serie de estaciones de policía y abasto.

Esta ruta, que no puede compararse á las carreteras de los países civilizados, permite sin embargo á las caravanas franquear con seguridad en veinticinco días la distancia de Brazzavilla á Loango, y la han seguido gran número de europeos, especialmente el capitán Trivier. El tránsito comercial la aprovecha cada vez más para dirigir á la costa los productos del Alto Congo.

Mas ésta vía de comunicación es excepcional.

En la mayor parte del país no hay otros caminos que los hechos por los mismos viajeros á través de las hierbas y los bosques.

Para adelantar en el interior hay que organizar una caravana. El oro y la plata no tienen curso en estas comarcas. Las operaciones comerciales se hacen generalmente por medio de cambios de productos de la industria europea. Como no hay carros ni bestias de carga, es preciso contratar para el transporte de las mercancías multitud de negros, que vienen á hacer el papel de portamonedas. Ciertamente su salario nada tiene de excesivo, pues un negro, que lleva por término medio treinta y cinco kilos, presta sus servicios por cincuenta céntimos al día, y la alimentación, que puede evaluarse en veinticinco céntimos. Sin embargo, el considerable número de hombres que es preciso emplear hacen estas expediciones sumamente costosas.

Todos van armados para defenderse en caso necesario.

La marcha no es ciertamente un paseo de excursionistas. Con un calor tórrido hay que abrirse camino entre troncos y árboles, rocas y altas hierbas más fuertes que nuestras cañas.

Cuando llueve es punto menos que imposible dar un paso.

Al encontrar un riachuelo estrecho y profundo, se derriba un árbol de sus orillas para que sirva de puente.

Pero cuando el lecho es muy ancho, se busca un yado, y caso de no hallarlo, uno de los más hábiles va á sujetar á la orilla opuesta una cuerda de corteza ó raíces de árboles, para que el resto de la caravana pueda, nadando, encontrar un punto de apoyo.

Esta manera de pasar los ríos es algo peligrosa, pues la mayor parte de ellos están infestados de cocodrilos.

Al anochecer instalan las tiendas á orillas de un río, bajo un frondoso baobab; rodean el campamento de ramas y espinos, y cortan madera para avivar el fuego que cuezca los alimentos y aleje á las fieras.

Llegada la noche, todos esos hombres rendidos de fatiga se entregan al descanso, no pocas veces interrumpido por los mosquitos.

Y no es esto todo. A las dificultades sin cesar renacientes de la marcha, hay que añadir las enfermedades que siembran el desaliento, las astucias multiplicadas con que los portadores tratan de sustraerse al trabajo, el abandono de los guías, el robo de las mercancías y la eventualidad de conflictos con tribus hostiles, y se tendrá idea de la indomable energía que deben tener el misionero y el explorador africanos.





NORUEGA.—Pescadores lapones.

## EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

## XV

*La pesca de la ballena.—Prodigiosa niebla.—Indescriptibles bellezas del Lyngenfjord.—En aguas de la isla de Loppen*

EL buque prosiguió su marcha, dirigiéndose á la isla de Skaaræ, donde hay una fábrica de aceite de ballena, que se anuncia de lejos por su penetrante olor y por los restos grasientos que cubren el mar. En el lugar donde desembarcamos, la costa peñascosa está tan llena de grasa que es preciso andar con precaución para no caer. Al mismo tiempo que nosotros llegó uno de los buques de vapor dedicados á la caza de la ballena, remolcando un magnífico cetáceo de cincuenta pies de largo. Sabido es que la ballena, aunque tenga el aspecto de un pez gigantesco, es en realidad un mamífero, que después de una gestación de unos dieciocho meses tiene prole de más de cuatro metros de longitud, que la hembra amamanta durante dos años. Una ballena alcanza hasta ochenta y aun noventa pies de longitud, y un peso de ciento diez mil kilogramos. La que vimos podría pesar sesenta y cinco mil kilogramos, y producir veintisiete mil de manteca, dando veintidós mil de aceite y mil quinientos de sustancia córnea. Valía de cinco mil á seis mil francos.

Este gigante devora de veinte á treinta toneladas de peces al día. Para cogerlos abre su enorme mandíbula,

y deja entrar el agua con los peces que contiene, la cierra en seguida, hace pasar el líquido por la sustancia córnea llamada ballenas como por un filtro, y englute el bocado, mientras que el agua es lanzada como una fuente por las narices. Esta especie de surtidor causa su pérdida. Como la ballena tiene que subir de vez en cuando á la superficie para respirar, el surtidor revela de lejos su presencia. En la parte anterior del buque que la persigue hay un cañón cargado, no con bala, sino con un enorme harpón sujeto á la embarcación por una cuerda arrollada. En la extremidad del harpón hay una bomba llena de materias explosivas. En el momento que se deja ver la ballena, le disparan el arma y el animal se sumerge. Desarrollada toda la cuerda, queda ésta tirante, y arrastra hacia atrás el harpón hundido en el cuerpo del cetáceo: entonces los dos brazos del harpón, hallando resistencia, se abren, aplastan con este movimiento el fulminante, y la bomba estalla dentro del pez y lo mata. El animal sube á la superficie del agua, y sujeto al buque lo arrastran á la estación, donde lo hacen pedazos. (*V. el grabado de la pág. 9*). Cuécese la manteca para sacar el aceite, y la carne y todos los restos los convierten en guano, de suerte que nada se desperdicia.

Para dar una idea de la fuerza de estos monstruosos cetáceos, baste decir que hace tres años una ballena herida arrastró durante cuarenta y seis horas el buque de vapor que no quería soltarla, pero que la perdió al fin por romperse la cuerda. El año siguiente otra ba-



llena herida hundi6 el costado de un buque de un solo golpe de cabeza, de suerte que se fu6 á pique en diez minutos.

Otro espectáculo nos esperaba no lejos de Skaar6. Los pasajeros nos disponíamos á admirar el famoso Lyngenfjord, á donde el capitán habia prometido conducirnos, cuando el buque par6 de repente y un minuto después echaba el áncora. ¿Qué ocurría? Que nos habia sorprendido una de esas nieblas, especialidad de estos parajes. Era blanca como la leche, y tan densa que apenas podíamos ver nuestras propias manos. A continuar el viaje hubiera ido á pique el buque entre la multitud de escollos que nos rodeaba. Mas he aquí que un grumete á quien habíamos visto desaparecer entre los mástiles, gritó desde lo alto:

—¡Capitán, aquí no hay niebla! ¿Quiere V. que le indique el camino?

—Perfectamente.

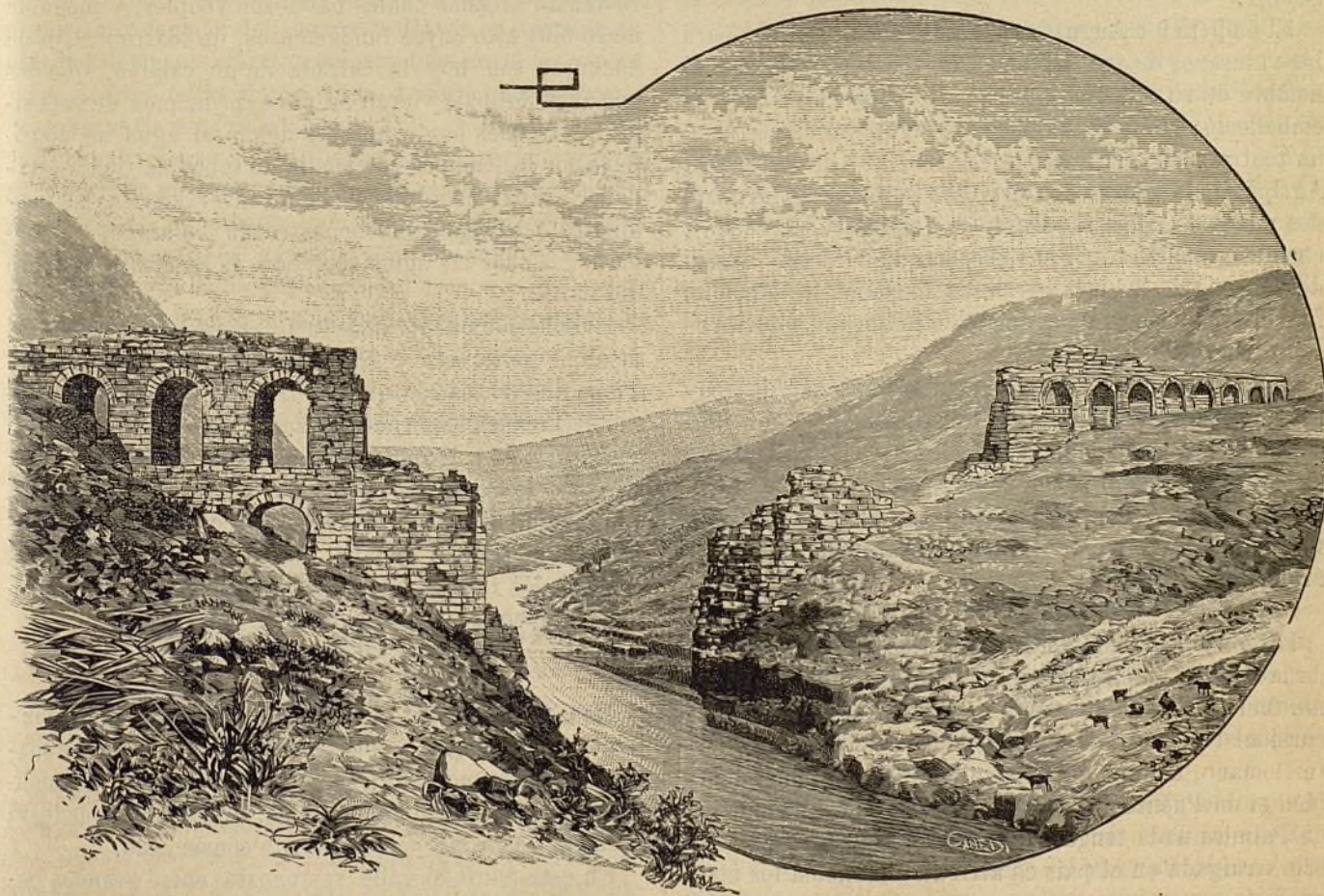
Y hé aquí que el muchacho mandaba arriba y el capitán abajo, y adelantábamos como si nada ocurriese. Al cabo de media hora nos vimos libres de la niebla, y nos hallamos en el corazón del Lyngenfjord. (*V. el grabado de la pág. 8*).

¿Cómo traducir las exclamaciones de admiración que salieron de todas las bocas? Nadie ha descrito aún las magnificencias del Lyngenfjord, porque es imposible: la lengua humana carece de frases y el pincel del artista de colores para hacerlo debidamente. Es un templo del Señor, con columnas de granito abajo y de hielo arriba, y este templo está iluminado por un sol cuya

luz nocturna debe ser imitación de los torrentes de luz que inundan la mansión de los bienaventurados.

A propósito de este fjord prodigioso podemos escribir algo de geografía, pero nada más. La península de Lyngen, limitada al Oeste por el Uulfsfjord, al Este por el Lyngenfjord, y que termina al Norte con el escarpado promontorio de Lyngstuen, está enteramente ocupada por altas montañas de nieve y glaciares, que se levantan inmediatamente á orillas del mar, y de carácter enteramente alpestre. La altura más septentrional, el Pipertind, mide 1,232 metros. Al Norte un ancho glaciar se extiende entre varias cumbres. Al Pipertind pertenece el Storkaal, que algunas hoces llenas de nieve separan del Vagastind, al cual sucede asimismo otra hoz, seguida del Rendalstind. Un glaciar baja hasta cerca del mar. El buque costea el muro de roca que cae casi á pico cerca de Strupen. Omito los nombres de estas alturas, y mencionaré únicamente los enormes Kj6stinder (1,650 metros), que se levantan á la entrada del brazo de mar llamado Kaafjord.

Saludamos de lejos la población de Lyngen, residencia del ministro protestante, del gendarme y del mercader de aquel distrito, verde oasis en medio de regiones tan inhospitalarias, y proseguimos nuestra marcha hacia el Norte por el Kaagsund, entre las islas Arnæ y Kaag6, cuya montaña está cubierta con un glaciar. Al salir de Kaagsund dejamos á izquierda la isla de L6ek6 y á derecha la de Skjserv6; admiramos á lo lejos los bellos Kvenangstinder, y atravesamos en diagonal el gran Kvenangsfjord, para aventurarnos en alta mar.



SIRIA.—Acueducto romano. (Pág. 18)



La costa que bordeamos hasta la isla de Loppen nada tiene de notable sino su espantosa desnudez. La isla de Loppen, constantemente batida por las tempestades del mar Glacial, produce aún algunas patatas y hierbas con que se alimentan las vacas de los pocos habitantes; pero más al Norte desaparece todo vestigio de vegetación útil.

Nosotros nos inclinamos hacia el Este para entrar en el Stjernsund y el Altenfjord, que no son otra cosa que repetición del Syngenfjord. Pero en el fondo del fjord hallamos un verdadero paraíso terrenal, toda vez que en Alten, en el corazón de la Laponia, se admira una vegetación que parece imposible en aquellas latitudes, magníficos bosques y una flora que forman el encanto del mundo científico.

## RUÍNAS DEL LÍBANO

POR EL R. P. JULLIEN, DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

Un artículo más debemos al piadoso y sabio autor de tantas preciosas monografías sobre Siria y Egipto. Nuestros lectores se regocijarán y darán gracias con nosotros al venerable Religioso por estas páginas pintorescas é instructivas.

### I

#### Puente romano de Berito

**B**ERITO, ciudad de cien mil almas, edificada en la vertiente septentrional de una península arenosa, hállase nombrada por primera vez, unos 350 años antes de Jesucristo, en un autor griego poco conocido, Scylax.

El emperador Augusto la hizo colonia militar para los veteranos de sus legiones de Oriente, y le dió el nombre de su hija Félix Julia; Herodes el Grande la embelleció; Herodes Agripa I construyó en ella termas, un teatro y un anfiteatro; el último rey de los judíos, Agripa II, la adornó con estatuas imitadas de los grandes maestros. Bajo el reinado de Justiniano (527-565), cuando era célebre por sus escuelas de derecho, y considerada una de las más hermosas ciudades de Fenicia, fué destruída por un terremoto. Reedificada, nunca recobró su antiguo esplendor.

Todos los edificios de la ciudad antigua han desaparecido, sus columnas de granito egipcio yacen á orillas del mar: no queda en pie en todo el distrito más que las altas y hermosas arcadas del acueducto (*V. el grabado de la pág. 17*), que le conducía las aguas del río vecino, el Magoras de Plinio, el Nahr-Berito de los árabes.

Estas ruínas gigantescas, distantes dos horas largas de la ciudad, admíranse en un agreste valle del Líbano, fuera de todos los caminos tradicionales de los excursionistas. Los indígenas les dan el nombre de Puente Romano, aunque nunca sirvieron de puente, y también el de Puente de Cenobia (1), por más que la reina de Palmira nada tenga que ver en su historia. Costumbre arraigada en el país es atribuir á Cenobia los anti-

(1) Algunos creen que esta Cenobia vivió más tarde.

guos monumentos profanos, y á Santa Elena los edificios antiguos cristianos cuyo origen se ignora. Esto demuestra claramente que las dos ilustres Princesas hicieron grandes cosas en estas comarcas.

Ninguna inscripción ni documento ha revelado hasta ahora la fecha del acueducto. La perfección del trabajo acusa un arquitecto romano: el espeso depósito calcáreo que dejaron las aguas en las paredes del canal, permite juzgar que funcionó durante muchos años; y el desplazamiento de los sillares de la ruína hace conjeturar que fué destruída por un terremoto, probablemente el mismo que arruinó la ciudad en tiempo de Justiniano. Su construcción puede muy bien remontar á uno de los reyes ya nombrados que más contribuyeron al embellecimiento de Berito.

El canal desembocaba á menos de treinta metros sobre el nivel del mar. Por lo demás, todos los restos hallados de la ciudad romana son aún más bajos: en las alturas de la ciudad sólo se encuentran innumerables tumbas. Aun es fácil seguirla paso á paso, remontando su pendiente desde la residencia del Obispo maronita hasta el puente romano y aun hasta donde toma el agua.

Al salir de la ciudad y hasta al pie del Líbano el canal da los mismos rodeos que el ferrocarril de Damasco, pero en un nivel superior. Es natural: las condiciones del trazado son casi las mismas para un ferrocarril que para un canal.

En los declives del Norte y de Levante se le encuentra en muchos puntos, siempre perfectamente trabajado con buenas piedras, y revestido de un excelente cemento de cal hidráulica y ladrillo machacado. En la llanura que se extiende entre la ciudad y el Líbano lo sostenían arcadas cuales bases son visibles, y luego un muro muy alto cuyos fundamentos, de cuatro metros de anchura, son hoy la calzada de un camino, que los ancianos del país vieron en pie á principios de este siglo. A trechos hay estanques donde el agua se distribuye por los campos por medio de tubos de tierra cocida. El canal está menos bien conservado en las pendientes del Líbano. Reconócese, sin embargo, la rampa por la cual las aguas bajaban de la altura al muro del llano.

El soberbio puente acueducto aparece súbitamente al dejar el pintoresco y sombrío valle del Nahr-Berito. Tiene doscientos cuarenta metros de largo y tres hileras de arcadas superpuestas sobre el río. Un estanque construído con grandes bloques le precede en la orilla derecha, le sigue un túnel bajo las rocas á pico de la orilla izquierda. Bajo el segundo arco de la misma orilla pasa otro canal romano, descubierto, y destinado al riego de las tierras inferiores. No ha cesado de funcionar y alimenta muchos molinos.

Más allá del puente hay alguna dificultad en remontar el canal, largo trecho oculto por los desmoronamientos de la montaña: por último se llega á un molino que ponen en movimiento las aguas del acueducto romano, hasta allí perfectamente conservado.

En este punto el valle se angosta entre grandes peñas, y aparece absolutamente desierto é inculto. Mas ¡qué frescura y exuberante vegetación! En ninguna



parte de los alrededores de Berito se gozan tanto las agrestes bellezas del Líbano. Grupos de rododendrones con gruesos ramos de grandes flores rosadas (*rhododendron ponticum*, L.), de hermosas hojas barnizadas, adornan todas las pendientes húmedas de las rocas. En el bosque de pequeñas encinas verdes espinosas, los elegantes racimos blancos del styrax oficial, L., árbol bíblico (1), brillan al sol y mezclan su perfume al del humilde jacinto azul, *Hyacinthus orientalis*, L., oculto bajo todas las matas; el frondoso andracha, L., destaca entre el verdor del bosque sus troncos y sus ramas lisas, color de carne, semejando miembros humanos.

He ahí en un ensanchamiento del valle una puerta regular cortada en el flanco de la roca sobre una rampa y un cobertizo igualmente trabajados por mano de hombre. Es la entrada de un departamento de veinte metros de superficie, cavado en la roca viva de la montaña sin duda para albergar al vigilante del canal. Los indígenas dan á esta gruta el nombre de capilla de San Juan. Probablemente algún ermitaño la eligió por lugar de su retiro, prendado de la abundancia de agua fresca, del sol de Mediodía y del huertecillo adyacente. Grutas superiores, de abertura casi inaccesible, le servirían de retiro si algún paseante intentaba turbar su religiosa soledad. La misma naturaleza ha adornado la gruta del solitario con sus flores más bellas: la centáurea, que merece entre todas el nombre de bella, *centaurea speciosa*, Boiss., instala sobre la peña sus anchas cabezas róseas en medio del blanquecino follaje.

El canal toma el agua á pocos pasos, en la fuente misma de Nahr-Berito, pues todo el curso de este riachuelo, á excepción del tiempo de lluvia, no excede de quince kilómetros. Surge con estrépito entre las raíces y las piedras del borde del valle. Dícese que el caudal de agua varía según la hora.

El canal romano sólo utilizaba una parte: sin embargo, midiendo su pendiente sobre el puente acueducto y la sección de la columna líquida, cuya altura indica el depósito calcáreo, se averigua que pasaba cosa de un metro cúbico de agua por segundo, quince veces tanto como las máquinas de la Compañía inglesa de aguas de Berito suministra actualmente á la ciudad. Con los grandes conductos de hierro de que se dispone hoy día para atravesar los valles sin puentes y sin pérdida apreciable de nivel, se podría con pocos gastos conducir las aguas de la fuente á la cumbre de las colinas de Berito. Sin embargo, esto redundaría en perjuicio de los campos.

## ENCICLICA

### DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEÓN XIII

#### SOBRE NULIDAD DE LAS ORDENACIONES ANGLICANAS

(Continuación)

SERÍA prolijo, y no es, además, necesario, pasarlas revista minuciosamente: la historia de aquella época enseña de una manera muy elocuente de qué espíritu, acerca de la Iglesia católica, estaban ani-

mados los autores del Ordinal, qué auxilios recabaron de las sectas heréticas, y á qué fin tendían sus proyectos.

Sabiendo demasiado qué vínculo existe entre la fe y el culto, entre la ley de creencia y la ley de la oración, desfiguraron de muchas maneras la liturgia, llenándola de los errores de los novadores, á pretexto de restaurar su forma primitiva.

Así vemos que no solamente no se hace abiertamente mención en todo el Ordinal del Sacrificio, ni de la consagración, ni del sacerdocio, ni del poder de consagrar y ofrecer el Sacrificio, sino que además todos los vestigios concernientes á dichas instituciones que subsistían en las oraciones del rito católico, fueron suprimidos y borrados con el cuidado que más arriba hemos hecho constar.

Así el carácter y el espíritu originales del Ordinal, como se dice vulgarmente, aparecen por sí mismos. Y si desde el principio, á causa del vicio que en sí contenía, no podía tener ninguna eficacia para las ordenaciones, del mismo modo en la sucesión de los siglos debía continuar siendo nulo, toda vez que permanecía en su mismo ser y estado.

Vanos esfuerzos hicieron, pues, los que desde los tiempos de Carlos I intentaron admitir alguna parte del Sacrificio y del sacerdocio, pues ninguna adición fué hecha en el Ordinal, y vanos son también los esfuerzos de esos anglicanos que, agrupados recientemente en número poco considerable, estiman que ese mismo Ordinal puede ser admitido é interpretado en un sentido sano y regular.

Esos esfuerzos han sido y son vanos, decimos nosotros, y esto por otro motivo aún; y es que si algunas palabras del Ordinal anglicano, tal como es actualmente, parecen ambiguas, no pueden revestir el mismo sentido que tienen en el rito católico. En efecto, una vez adoptado un nuevo rito que niega ó desnaturaliza el sacramento del Orden, y que repudia toda noción de consagración y de sacrificio, la fórmula: *Accipe Spiritum Sanctum*, pierde su valor; ese Espíritu penetra en el alma con la gracia del Sacramento; y del mismo modo pierden su valor las palabras: *Ad officium et opus presbyteri* ó *Episcopi*, y otras semejantes, que quedan reducidas á palabras, sin la realidad instituida por Cristo.

La fuerza de este argumento es sentida por la mayor parte de los mismos anglicanos, que interpretan religiosamente el Ordinal, y la oponen francamente á los que interpretándolo de un modo nuevo animados por una vana esperanza, atribuyen á las órdenes así conferidas un precio y una virtud que no tienen. Este mismo razonamiento, por sí solo, refuta también la opinión de los que piensan que la oración *Omnipotens Deus bonorum omnium largitor*, que está al principio del Ritual, puede bastar para la forma legítima del sacramento del Orden. Dicho argumento tendría fuerza si esta oración fuese considerada como suficiente en algún rito católico que la Iglesia hubiese aprobado.

A este íntimo vicio de forma está unido el defecto de la intención, que es necesaria á la esencia del Sacramento. La Iglesia no juzga del pensamiento ni de la intención, mientras ésta es por sí misma una cosa interior, pero debe juzgar esa intención en tanto que se

(1) Eccles. xxiv, 21.



manifiesta exteriormente. Así, cuando uno ha empleado seriamente y según el rito la materia y la forma necesarias para conferir un Sacramento, debe considerarse que ha tenido la intención de hacer lo que hace la Iglesia.

En este principio se apoya la doctrina según la que un sacramento es válido cuando ha sido conferido por ministerio de un hereje ó de un hombre no bautizado, con tal que haya procedido según el rito católico. Por el contrario, si se modifica el rito con el designio manifiesto de establecer otro no admitido por la Iglesia, y de rechazar aquel de que se sirve la Iglesia y que está adherido por la institución de Cristo á la naturaleza del Sacramento, es no sólo evidente que falta la intención

No obstante, Nos hemos estimado conveniente suspender los efectos de nuestra sentencia á fin de meditar si convendría y sería útil declarar de nuevo lo mismo por nuestra autoridad, y llamar sobre Nos por nuestras súplicas mayor abundancia de las divinas luces. Pero considerando después que ese mismo punto de disciplina, aunque ya definido canónicamente, ha sido controvertido por algunos, sea el que fuere el motivo de la controversia, y que de esto podría resultar una causa de perniciosos errores para numerosas personas que piensan hallar el sacramento del Orden y sus frutos allí donde no existen, Nos ha parecido conveniente publicar nuestra sentencia en el Señor.

Por esto, conformándonos con todos los decretos for-



Congo.—Hermano misionero y sus ladrilleros indígenas. (Pág. 14)

necesaria al Sacramento, sino que existe, además, una intención contraria y hostil al Sacramento.

Todas estas cosas las hemos larga y maduramente pesado en Nos mismo y en los juicios de nuestro Consejo Supremo. Además, Nos plugo convocar especialmente á esta Asamblea en nuestra presencia el 16 de Julio último, feria quinta de la conmemoración de la fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Nuestros consejeros estuvieron conformes en reconocer que la causa propuesta había sido ya, ha largo tiempo, plenamente instruida y juzgada por la Sede Apostólica, y que la información nuevamente abierta respecto de este asunto no había hecho sino demostrar, de una manera más luminosa, la justicia y la sabiduría con que la cuestión había sido resuelta.

mulados por los Pontífices nuestros Predecesores en la misma causa, confirmándolos plenamente y renovándolos en algún modo, por nuestra autoridad, de nuestro propio movimiento y ciencia cierta, Nos pronunciamos y declaramos que las ordenaciones conferidas según el rito anglicano, han sido y son absolutamente vanas y enteramente nulas.

A Nos toca, pues esto está en la calidad de «Gran Pastor,» y con las disposiciones pastorales que nos animan, publicar la muy cierta verdad de una cosa tan grave, para exhortar á los que desean y buscan con sincera voluntad los beneficios de las órdenes y de la jerarquía. Hasta ahora, quizás, excitando el ardor de su virtud cristiana, consultando más piadosamente las Escrituras, redoblando sus santas oraciones, se han ad-



herido, sin embargo, con incertidumbre y ansiedad á la voz de Cristo que les advertía desde hace mucho tiempo en sus corazones. Ellos ven ahora con claridad á dónde les invita y hacia qué lado quiere dirigirles el Buen Pastor. Si vuelven á su rebaño único, obtendrán entonces los beneficios deseados y los auxilios que de ello resultarán para la salvación y que ha confiado á la administración de la Iglesia, como guarda perpetua de su redención y su procuradora entre las naciones. Entonces «beberán con alegría las aguas de las fuentes del Salvador,» que son sus magníficos Sacramentos, por los que las almas fieles, purificadas verdaderamente de sus pecados, entran en la amistad de Dios, son alimentadas y fortificadas con el Pan celestial, y encuentran los mayores auxilios para conquistar la vida eterna. Si tienen verdadera sed de esos bienes, que «el Dios de paz, el Dios de todo consuelo» se los conceda y les colme de ellos en su bondad.

Mas Nos queremos que nuestra exhortación y nuestros votos se dirijan de un modo especial á aquellos que son considerados por los que les rodean como ministros de la Religión. Que esos hombres que sobrepujan á los demás, en virtud de sus funciones, en ciencia y autoridad, y que desean ciertamente la gloria de Dios y la salvación de las almas, se apresuren con ardor los primeros á obedecer dócilmente á Dios, que les llama, y á dar por sí mismos un ilustre ejemplo. Ciertamente es con una alegría extraordinaria como la Iglesia su Madre les recibirá y les rodeará de sus bondades y atenciones, como es natural se haga con hombres á quien una virtud más generosa, á través de arduas dificultades, les haga volver á su seno. Esta virtud puede apenas declarar la alabanza con que serán acogidos en la asamblea de sus hermanos, y la esperanza y confianza que un día les dará delante de Jesucristo su Juez, y qué recompensa les reserva el mismo Cristo en el reino de los cielos. En cuanto á Nos, tanto como hemos podido, no hemos cesado de impulsar su reconciliación con la Iglesia, en la que, sea aisladamente, sea en colectividad—lo que Nos deseamos vivamente—pueden escoger muchos ejemplos que imitar. Esperándolo así, pidamos todos con súplicas y por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, que secunden fielmente la acción evidente de la verdad y de la gracia divina.

Nos decretamos que estas Letras y todas las cosas que en ellas se contienen no puedan en ningún tiempo ser tachadas ó acusadas de un defecto cualquiera de adición, de sustracción ó de intención de nuestra parte ni de ningún otro defecto; sino que se tengan y sean siempre consideradas como válidas y en rigor, y sean inviolablemente observadas por toda clase de personas, de cualquier grado ó preeminencia de que estén revestidas, sea en juicio ó fuera de él; declarando vano y nulo todo lo que pudiera ser á ellas añadido en contrario, sea lo que fuere, y por no importa quién, cualquiera que sea la autoridad de que esté revestido, y bajo cualquier pretexto que sea, consciente ó inconscientemente, sin que pueda prevalecer ningún obstáculo en contrario.

Nos queremos, además, que los ejemplares de estas Letras, aun impresos, con tal de que estén visados de mano de nuestro notario y provistas del sello de un

hombre constituido en autoridad eclesiástica, hagan fe como lo haría la significación de nuestra voluntad si se la leyese en las presentes Letras.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el año de la Encarnación del Señor de mil ochocientos noventa y seis de los idus de Septiembre, en el año décimonoveno de nuestro pontificado.—C., Card. DE RUGGIERO.—A., Card. BIANCHI, *Reg. in Secret. Brevium*.—I. CUGNONI.

## LA IGLESIA Y LOS LEPROSOS

EN Batavia, Guayana holandesa, existe desde el año de 1823 un lazareto para leprosos. Durante los sesenta y tres años que han transcurrido, escribe el *Tijd*, periódico seglar, no ha habido un solo ministro protestante que visitara aquellos infelices, y mucho menos que permaneciera en medio de ellos para animarlos y auxiliarlos. ¡Y eso que la mayoría de los enfermos la han formado y quizás la forman aún miembros de la Iglesia luterana.

Por el contrario, agrega el mismo periódico, ha habido en el establecimiento sacerdotes romanos, y los ha habido desde un principio. A esos hombres no los arredra la perspectiva de contagiarse, ni los asusta la muerte, ya que el dar la vida en servicio de sus hermanos es para ellos el feliz coronamiento de sus sacrificios y desvelos, y también la prenda más segura de un eterno galardón.

El lazareto en cuestión estuvo á cargo de sacerdotes seglares hasta 1886, cuando Su Santidad expresó al Superior general de los Redentoristas su deseo de que pasara la leprosería á cargo de Religiosos de dicha Congregación. Se aceptó de mil amores la propuesta de la Santa Sede. Desde entonces dos Padres han sido constantemente los compañeros de los pacientes, ayudándolos alguno de sus Hermanos coadjutores. Dos ó tres de éstos ya han sucumbido víctimas de su caridad.

Al fundarse el lazareto en 1823, el Gobierno no tomó más compromiso que el de dar á los leprosos lo necesario para la vida. Así que el edificio que los abrigaba, poco á poco se hizo inhabitable. Esto inspiró al actual señor obispo, Ilmo. Dr. Wulffing, la feliz idea de pedir al Estado le traspasara la propiedad del establecimiento, comprometiéndose él á mantener á sus expensas á los leprosos, á hacer todas las reparaciones que fuesen menester para el hospital, á vestir á los enfermos, calzarlos, darles medicinas, etc., etc., con tal de que el erario público le pagara cada año una pequeña subvención. El gobernador de la colonia, Sr. Van Asch van Wick aceptó tan generosa oferta con gusto y agradecimiento, ya que con ese arreglo salía á todas luces ganando el tesoro del Estado.

Allí fué Troya. La prensa protestante vió en la conducta del Gobierno una vergonzosa parcialidad hacia Roma, y soplando en el fuego algunos reverendos de más influjo, estuvo por meses enteros agitando al país, para que la opinión pública se declarara contra lo estipulado por los gobernantes y les obligara á rescindir el contrato hecho con el obispo Wulffing. El Gobierno hizo oídos de mercader á los clamores sectarios, y el Prelado por su parte levantó un nuevo y más es-



pacioso edificio para los leprosos. Cuando éste estuvo concluido, dispuso viniesen de Holanda algunas Hermanas, sabiendo lo mucho que contribuirían al alivio y bienestar de los enfermos, los cuidados inteligentes y maternales de esos ángeles de la caridad. Con su llegada todo cambió de aspecto en el lazareto, y en toda la colonia resonaron otra vez las alabanzas de la caridad y del heroísmo católicos en pro de la humanidad doliente.

Estos elogios excitaron de nuevo la cólera de los anticatólicos, y un miembro del Parlamento en Panamarríbó se encargó de interpelar al Gobierno sobre la injusticia que, según él, se cometía, gastando el dinero del pueblo en mantener una institución *sectaria*, cual era el lazareto Gerardo Majella, dirigido por frailes y monjas. Todos los miembros del Parlamento, agrega el *Fijid* ya citado, eran protestantes: mas, á pesar de su bien conocido protestantismo, pocos y poquitos hubo que aprobaran la moción ó propuesta hecha por el fanático orador.

Plácenos traer aquí algunas de las palabras que pronunciaron tres de sus opositores, y sea el primero el que representaba el distrito de Granada. El Honorable señor se expresó como sigue:

—Dicho sea en honor del Gobierno de Mr. Van Asch van Wyck, que él se preocupó seriamente en el estado de los leprosos y locos, y que tomó á pechos el bienestar de esos pobres abandonados... ¿Y por qué se echó en brazos de un Obispo católico romano? ¿No es tal vez porque no debe de haber diferencias religiosas cuando se trata de aliviar las dolencias de la humanidad? ¿No es acaso porque las tradiciones de nuestro establecimiento para leprosos en Batavia están íntimamente unidas con la Misión católica en esta comarca? ¿Quién habrá olvidado al obispo Groof, que llamaba á Batavia su jardín de delicias, su paraíso, y que buscaba con preferencia los sitios donde la miseria era más grande?

Habló también el Ministro de Hacienda y dijo así:

—Todo hombre en cuyo pecho late aún un corazón humano, debe reconocer el hecho de que las Comunidades religiosas son las mejores corporaciones á que podamos confiar el cuidado de nuestros hermanos afligidos. Por lo tanto, si una Comunidad católica es la primera en manifestarnos su voluntad de encargarse de nuestros leprosos, ¿qué razón hay para acusar al Gobierno, cuando sólo los católicos son los que se presentan para solicitar el puesto? La historia de los leprosos es una historia lastimera: sólo los católicos se han ofrecido para ayudarlos, y á fe que han cumplido con su palabra. Otros (*los no católicos*) hablan, eso sí, pero no hacen nada.

Finalmente hizo uso de la palabra el honorable Vant't Hoogerhuijs, y terminó diciendo:

—Yo mismo he visitado el establecimiento Gerardo Majella (*el lazareto para leprosos*), y puedo asegurarnos que el espíritu de abnegación y caridad con que las Hermanas cuidan á los pacientes, es superior á todo encarecimiento. Y séame lícito añadir: espero en Dios, señores, que ni á mí ni á vosotros nos ataque jamás tan terrible dolencia; pero caso que me diera á mí la horrible enfermedad, á buen seguro que me haría llevar al hospital Gerardo Majella.

## CRÓNICA

**España.**—El retrato de la pág. 5 es de uno de los más insignes hijos de la Orden Carmelitana en Cataluña. Nació el Padre Barcons en Olot á principios de este siglo, y fué otra de las víctimas arrojadas del claustro en 1835. Después de la malhada supresión de este año pasó algunos en Italia, y más tarde en Francia, donde fundó y dirigió un convento de su Orden en Montpellier. Restablecida algún tanto la paz religiosa en España, volvió como tantos otros, para emprender la obra restauradora de su Instituto. A este objeto fundó los conventos de Jerez de la Frontera y de Onda, organizando en uno de estos puntos un buen noviciado, admitiendo á él á numerosos postulantes, y logrando constituir con la fundación de otros varios conventos la provincia carmelitana del Dulcísimo Nombre de María, siendo nombrado para ello Comisario general. Fueron repetidos y continuados sus viajes por toda España y Portugal, para el acrecentamiento de su benemérita Orden Carmelitana. Lleno de merecimientos y en avanzada edad, falleció el año 1891 en Olot, su patria, este esclarecido hijo del Carmelo, y una de las más legítimas glorias de la restauración conventual en nuestra España.

—Confíase que muy en breve pueda contar la Iglesia entre los santos Mártires al venerable jesuita Julián de Lizardi.

El clero y Ayuntamiento de su villa natal, han dirigido una instancia á la excelentísima Diputación de Guipúzcoa, interesándole para que tome la iniciativa, y dé el apoyo necesario á las pretensiones del pueblo vascongado, con objeto de que gestione el traslado de los restos del venerable Mártir, que fueron descubiertos por el P. Vaughan en uno de sus viajes por América, y muy principalmente porque se proceda á activar el expediente de beatificación del P. Lizardi.

Nació el esclarecido hijo de San Ignacio de Loyola en la villa de Asteasu, pequeño pueblo de Guipúzcoa, el día 30 de Noviembre de 1696.

Desde muy niño distinguióse por su piedad y devoción, y Dios Nuestro Señor quiso mejorar su vida tan ejemplar, concediéndole la gracia de ingresar en la Compañía de Jesús cuando cumplía los dieciséis años de edad.

El día 5 de Abril de 1717, en compañía de otros reverendos Padres, embarcóse en Cádiz con dirección á Buenos Aires, llegando posteriormente al Colegio de Córdoba de Tucumán, donde recibió el sacerdocio el 15 de Noviembre del año 1721.

Llevaba cuatro años de residencia, cuando recibió, con la mayor complacencia, orden de sus superiores para trasladarse á las Misiones á ejercer su acción evangélica.

La obra de propaganda cristiana del P. Lizardi para con los indios del Ingre, fué de resultados prácticos y positivos para la causa de la Religión, conquistando muchas almas á la verdad.

Dios Nuestro Señor le tenía reservado un próximo y glorioso fin, en pago debido á sus virtudes, santidad y sacrificios, y el día 6 de Mayo, fiesta del mártir San Juan Nepomuceno, hallándose celebrando el santo sacrificio de la Misa, unos cuantos desalmados chiriguano del Ingre, que enemigos de la Religión no podían ver con buenos ojos la admirable obra del P. Lizardi, le sacaron del altar, rasgándole las vestiduras, y después de exponerle á todo género de privaciones, al día siguiente, y en un lugar apartado, le hicieron sentar desnudo en un peñón, donde cruzando los brazos el Siervo de Dios, esperó inmóvil la lluvia de saetas que le dispararon, causándole un número de treinta y dos heridas, y subiendo al cielo con la palma del martirio el 15 de Mayo de 1735, á los treinta y ocho años de edad, veintidós en la Compañía y cinco de profeso de votos.

No había transcurrido una semana cuando un reverendo Padre jesuita que se hallaba en una Misión próxima al lugar de la ocurrencia, noticioso de lo sucedido acudió presuroso á recoger el cadáver, testificando el R. P. Pons, que así se llamaba el compañero misionero, que días antes hizo con él el venerable P. Lizardi la confesión general, no habiendo perdido la gracia bautisma.



Hacemos fervientes votos porque en breve sea un hecho que veneremos en los altares al noble guipuzcoano, predilecto hijo del fundador de la inclita Compañía de Jesús.

**Argel.**—Apenas habrá uno de nuestros lectores que no haya leído la vida admirable de San Pedro Claver, el apóstol de los negros, muerto en Cartagena de Indias el 8 de Septiembre de 1654. Sabido es que Dios proclamó con multitud de prodigios la santidad de su Siervo. Así sucesivamente se expidieron el decreto de Benedicto XIV (Octubre de 1747), atestiguando la heroicidad de sus virtudes y declarándole Venerable; el decreto de Pío IX (21 de Septiembre de 1851), inscribiéndole oficialmente entre los Bienaventurados, y por último la Bula de León XIII (1888), decretándole los honores de la canonización.

Faltaba, empero, á su corona un florón á que le daban derecho su vida de abnegación por los negros; sus milagros en favor de los misioneros ocupados en su conversión; las peticiones de los Vicarios apostólicos que les evangelizan en Africa, en ambas Américas y Australia; y León XIII se lo concedió en sus letras de 7 de Julio de 1896, invistiendo á San Pedro Claver de un patronato especial cerca de Dios sobre todas las Misiones de los negros.

Con ocasión de este acto pontificio, los días 19, 20, 21 y 22 de Noviembre próximo pasado se celebraron en la metrópoli de Argel magníficas fiestas en la que tomó parte toda la población cristiana de aquella ciudad.

El R. P. Rochette predicó los cuatro días, y sus sermones merecen ser conservados. El eminente Religioso celebró sucesivamente *las miras, las obras, los gozos y la apoteosis de la abnegación* en San Pedro Claver. Tributo homenaje á los misioneros que continúan su obra; Padres Blancos de Argel, Padres del Espíritu Santo y de Mill-Hill, de las Misiones Africanas de Lyon y de Verona, de las Misiones Extranjeras de París, de Bélgica, de Inglaterra y de Holanda, de la piadosa Sociedad de las Misiones; Oblatas de María Inmaculada y de San Francisco de Sales, Capuchinos, Hermanos de Issoudun, Maristas, Basilius de Baviera y otros.

## VARIEDADES

### LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES

En la ciudad de Petra, famoso emporio de la Arabia Feliz, se hallaba un venerable anciano cierta noche serena de los primeros días de nuestra redención, contemplando admirado la innumerable multitud de cuerpos celestes que brillaban en el espacio. Aplicado durante el curso de su larga vida al estudio de la ciencia astronómica, muchas veces le sorprendió la primera luz de la mañana abstraído en sus observaciones, pero jamás con tanta inquietud, jamás tan olvidado de cuanto le rodeaba como en aquella circunstancia. En vano el pequeño Safar, su hijo querido, fué á buscarle al terrado de la casa donde se hallaba, encargado por su madre de hacerle volver en sí y recogerse á tomar descanso. Su tierna voz se perdió en el aire sin herir los oídos del viejo. Con la insistencia de un niño mimado tuvo atrevimiento para echar los brazos al cuello del sabio, gritándole al mismo tiempo:

—¡Padre, padre! vuelve tu vista hacia mí y deja de mirar á las estrellas.

—Espera, hijo mío, respondió el anciano señalando al cielo: ¿ves allá, por la parte de Oriente, una brillante luz?

—Nada veo, contestó el muchacho, después de haber examinado la esfera con atención.

—¿Has observado bien?

—No tengo duda, padre; sólo descubro obscuridad profunda.

—Vamos de aquí, añadió el sabio confundido: ó mi ciencia es falaz, ó estoy reservado para ser testigo del mayor prodigio que han conocido los hombres.

Se cubrió la cabeza con la punta del manto, y, prostrado en tierra, esperó la llegada del nuevo día. Entonces dijo á su esposa:

—Mujer, dispón que aderecen mi caballo y acémilas de viaje, carga en ellas algunos perfumes, y recibe mi bendición, pues tengo que marchar hacia donde me guía la estrella del Señor.

Era tan grave su aspecto, que nadie se atrevió á interrogarle. Partió acompañado de unos esclavos nubien-ses, y antes del medio día se hallaba cercano al oasis de los aráceos, donde había establecido sus tiendas el opulento Gaspar, dueño de muchos rebaños y notable en toda la comarca por su caridad y santa vida.

Encontráronse los dos amigos bajo una palmera silvestre, que sombreaba un manantial de agua viva, y después de darse paz en el rostro, hizo el viajero relación circunstanciada del suceso que le traía desvelado, pidiéndole consejo para mejor tranquilizar su ánimo.

—Partamos, respondió el habitante del desierto: á pocas millas de aquí, en el monte Hor, vive un entendido varon natural de Etiopia; ha estudiado en las escuelas de Egipto, conoce los misteriosos escritos de los profetas de Israel, y está en el caso de revelarnos el significado de la resplandeciente luz que turba nuestro espíritu. Yo la he visto también, y nadie más entre los míos; he meditado acerca de ella, y una fuerza interior parece decirme: hijo del hombre, marcha en dirección á los confines de Siria, donde ha nacido el rey de Judá, á quien debes adorar.

Llegaron, en efecto, á la morada de Baltasar el etíope, el cual los recibió cruzando los brazos sobre el pecho, y exclamando al verlos de lejos:

—Ha nacido el Deseado de la naciones, «y los principales de entre los árabes le ofrecerán presentes:» así está escrito. Vamos, amigos, y adoremos al Eterno, que tal dicha nos proporciona.

Caminaron los tres nobles amigos á través del desierto de Zin, y cruzando la Idumea pasaron los montes de Judá, para entrar en Jerusalén á preguntar dónde había nacido el Cristo prometido.

—No sabemos de quién habláis, les decían; sin duda padecéis engaño.

—Hablamos del Rey de los judíos, contestaron, cuya estrella hemos visto en el Oriente, y venimos á adorarle.

Al oír esto se conmovió la ciudad y tembló el rey Herodes, colocado en el trono merced al favor de Octavio, y llamado el Grande por su magnificencia y riqueza.

—Mataremos á esos hombres si tú lo mandas, le propusieron sus aduladores.

—No se evitaría con eso el fallo del destino, respondió el soberano; averigüemos dónde se halla ese rival de mi corona, y luego le daremos muerte.

Convocó en seguida á los príncipes de los sacerdotes y á los doctores de la ley, depositarios de los Libros Santos, y les preguntó dónde había de nacer el Cristo ó el Mesías.



—Señor, le dijeron, en Bethlehem de Judá, porque dice el Profeta: «De ti saldrá el caudillo que gobernará mi pueblo de Israel.»

Al oír esto Herodes llamó á los Magos en secreto, se informó cuidadosamente del tiempo en que se les apareció la estrella, y aumentados sus temores viendo realizados los vaticinios:

—Id, les dijo, á Bethlehem, é informaos con cuidado de todo lo concerniente al Niño, y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo saber para que yo también vaya y le adore.

Oído esto, emprendieron de nuevo su viaje, y he aquí otra vez la estrella, que se les había ocultado, y no les abandonó hasta conducirlos al término de su peregrinación.

En el flanco de una montañuela, sita en las inmediaciones de la ciudad de David, se abría una gruta ó excavación profunda, donde los pastores de las cercanías acostumbraban resguardar sus rebaños en los ardores de la siesta ó durante las heladas noches de invierno. Allí acudió á refugiarse por aquel tiempo, no habiendo encontrado posada en el pueblo, una santa doncella, purísima como los jazmines de Masfa, bella cual la rosa de Jericó y más gentil que los lirios del Carmelo.

Al verla caminar, las flores humillaban sus corolas, el aire que rugía entre las ásperas cambronerías se convirtió en blando susurro, y cuando, acompañada de su bendito Esposo, se presentó á la entrada de la caverna, las bestias establecidas en ella hicieron ancho sitio con reverente y vanidosa compostura al celestial matrimonio, para que reclinase en el desvencijado pesebre al Criador del universo, nacido al mundo sin más abrigo que la ternura del regazo maternal y alguna revuelta paja desechada por los mayores del ganado.

¡Suspended vuestra tarea los que vivís sometidos al duro yugo de la pobreza, y, levantando la frente, contemplad por un momento el modelo que os ofrece el Dios único, pues, alentados en el trabajo con tal ejemplo, cesará toda causa de humillación é impaciencia para llevar la cruz que se os impuso! Y vosotros, á quienes la Providencia ha concedido bienes suficientes con que atender á las necesidades de la vida, si por acaso halláis alguno de vuestros hermanos poco favorecido en el reparto de la riqueza, guardaos bien de motejarle por ello; mirad que el pequeño Jesús considera en él su propia persona y se complace con los menesterosos como si fueran parte de sí mismo.

Socorredle más bien, y cuando sus modales bruscos y groseros os causaren justa repugnancia, tenedle compasión, jamás odio ni desprecio, lamentando su desgracia en no haber tenido quien otra cosa le enseñase. No le imitéis en lo que tenga de reprehensible, como no imitaríais los delirios de un loco, pero nunca os sirvan de vanidad las dotes superiores en que le llevaseis ventaja, sino agradeced al Omnipotente la educación que recibisteis, sin la cual pudierais caer en errores y defectos quizás más feos y abominables.

A los pocos días de nacido el Señor, bajaba por el camino de Jerusalén, hacia las fuentes del Cedrón, una silenciosa caravana, dirigida por los tres jefes árabes

de que venimos hablando. Marchaban los primeros, porque sólo para ellos había vuelto á lucir la misteriosa estrella que descubrieron al principio, y resueltos estaban á seguir el derrotero que les marcara.

Refiere cierta piadosa tradición que uno de los viajeros era negro. Ningún testimonio irrecusable confirma esta circunstancia, pero se hará bien en creerla, como nacida del amoroso cuidado con que la Iglesia católica acoge en su seno á todos los hombres, de cualquier raza y color que sean. Más adelante dará la preferencia á los infelices, á los que lloran, á los que padecen, realizando así desde un principio la verdadera fraternidad, la civilización y el amor entre el humano linaje, que la falsa filosofía ahoga en piélagos de sangre cuantas veces trata de sacar á plaza, como enemiga que es de la Religión de Jesucristo, fuera de la cual no hay sólida instrucción ni felicidad cumplida para los pueblos.

Llevarían andadas unas cuantas millas, á tiempo que la estrella detuvo su curso sobre la gruta santificada por la presencia del Hijo Eterno; entonces echaron pie á tierra los favorecidos Magos, y después de haberla besado se descalzaron humildemente, penetrando llenos de religioso temor hasta la presencia del Dios vivo.

Con fervoroso recogimiento, escasos de palabras y llenos de santa inspiración, le ofrecieron, después de adorarle, los presentes que bien aderezados conducían en los camellos. Corta fué su cantidad, pues el que bajaba entre nosotros á santificar la pobreza no pudiera admitir grandes presentes, mas eran símbolos de profunda enseñanza. Oro, cual tributo debido al rey de la tierra; incienso, en holocausto á la Divinidad, y mirra, en recuerdo de la muerte á que se hallaba sujeto por su naturaleza humana.

Advertidos por revelación superior de las intenciones del monarca Herodes, tomaron diferente camino para regresar á su país.

Un joven de aquellas cercanías se llegó á ellos en el paso del Jordán.

—Obráis con prudencia, les dijo, en no volver á Jerusalén, porque allí está la muerte para el Niño que habéis adorado.

—¿Quién eres, le repuso el de más edad, que sabes un secreto de tal importancia?

—Mi nombre es Dimas, y estaba encargado por el amigo del César de expiar vuestros pasos.

—Vente con nosotros, comerás de nuestro pan, y reposarás bajo nuestro techo.

—Debo permanecer vigilando la suerte de ese Infante recién nacido; ya que fui tan malvado que reclamé salario en contra suya.

—Pero la ira del rey caerá sobre ti viendo que haces traición á sus intenciones.

—Viviré del pillaje, errante y fugitivo. Dios dispondrá de mi suerte cuando sea su voluntad.

—Él te la dé buena, y te aparte de la senda del crimen.

Diciendo así se internaron los tres Magos en el desierto, mientras el Buen Ladrón desaparecía por el llano de Jericó.